



70 AÑOS
INEHRM

El espíritu de Villa

Martín Villa



GOBIERNO DE
MÉXICO



El espíritu de Villa



CLÁSICOS
DEL **VILLISMO**

CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA



SECRETARÍA DE CULTURA

Alejandra Frausto Guerrero

Secretaria de Cultura



INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

Felipe Arturo Ávila Espinosa

Director General



FUNDACIÓN VISIÓN VILLISTA



EDITORIAL DIVISIÓN DEL NORTE

El espíritu de Villa

Martín Villa



MÉXICO 2023

Portada: “El Gral. Francisco Villa” y “El Corrido de Pancho Villa”, (detalle).
© (825605) SECRETARÍA DE CULTURA.INAH.SINAFO.FN.MX.

Ediciones impresas:

Primera edición, Fundación Visión Villista /
Editorial División del Norte, 2023.

Ediciones en formato electrónico:

Primera edición, INEHRM / Fundación Visión Villista /
Editorial División del Norte, 2023.

D. R. © Martín Villa.

D. R. © Irving Vásquez, texto de presentación.

D. R. © Instituto Nacional de Estudios Históricos
de las Revoluciones de México (INEHRM),
Plaza del Carmen 27, Colonia San Ángel, C. P. 01000,
Alcaldía Álvaro Obregón, Ciudad de México.
www.inehrm.gob.mx

D. R. © Fundación Visión Villista / Editorial División del Norte,
Calle de Fresno núm. 301, Colonia Atlampa, C. P. 06450, Alcaldía
Cuauhtémoc, Ciudad de México.
www.editorial-division-del-norte.com

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, órgano desconcentrado de la Secretaría de Cultura.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.

ISBN: 978-607-549-373-2

HECHO EN MÉXICO.

Índice

| | |
|---|----|
| Informe desde la línea de avanzada | 7 |
| <i>Irving Vásquez</i> | |
| El muertito | 11 |
| Agua de caballo | 13 |
| Ernesto Ríos | 17 |
| Los cantores | 21 |
| Nosotros los hombres humildes que hacemos la guerra ... | 27 |
| La olvidada | 29 |
| No es limosna | 31 |
| Pa' la sierra | 37 |
| La guerra de las piedras | 41 |
| La nota¿Dónde está el Primer Jefe? | 45 |
| Memorias a la oscuridad | 49 |
| De la miel a la ponzoña | 53 |
| Juventud impedida | 57 |
| Pan para los niños | 61 |
| Me estás matando, Baudelio | 63 |

| | |
|------------------------------|----|
| El grito de las flores | 65 |
| El hijo desobediente..... | 71 |
| El mudo | 81 |
| El espíritu de Villa | 83 |



Informe desde la línea de avanzada

Irving Vásquez



Pese a lo que muchos han querido afirmar, la Revolución sigue generando sentimientos en nuestro país. He visto a los campesinos apuntar sus machetes con dirección a palacio de gobierno al escuchar un “¡Viva Zapata!”, he visto cómo cientos de marchantes enardecidos gritan al unísono “¡Viva Villa!” y, al mismo tiempo, he visto el miedo en las miradas de los que saquean al país, de los que se enriquecen a costa de la gente, de todo aquel que se ha chingado al pueblo, pues son conscientes de que ellos serían los primeros en ser pasados por las armas.

Algunos han querido abandonar la Revolución en el pasado, en las estatuas de bronce, en los museos, en los parajes en ruinas, en las fotografías desgastadas. Han guardado en el baúl los sentimientos e ideales de un movimiento que ahora sienten ajeno. Han preferido relegar una lucha que llevó más de una década a unos cuantos hechos aislados. A pesar de todo, la Revolución continúa.

En este contexto surge esta antología de cuentos, lista para integrarse a la línea de avanzada de uno de los frentes más complicados: el ideológico. Aquellos que subestiman el poder de la tinta se rasgarán las vestiduras y se preguntarán enfurecidos cómo es que me atrevo a realizar tal afirmación, pues olvidan que nuestra historia ha demostrado que una pluma puede ser igual de letal que un fusil.

Es así que se vuelve necesaria la pregunta, ¿qué aporta Martín Villa a una corriente de pensamiento que lleva más de cien años en desarrollo? Si bien es cierto que esta antología toma como asunto central cuestiones de la Revolución

Mexicana, lo realmente interesante radica en el tratamiento que Martín da a cada uno de los temas que aborda, pues construye una estructura cimentada desde acontecimientos ya contados por la historia pero que considera sucesos de contextos más actuales, generando así una narrativa que tiende una delgada línea donde el pasado y el presente convergen de tal manera que la temporalidad pasa a segundo plano: la herida duele tanto como hace un siglo.

Cada cuento es un recordatorio de las problemáticas olvidadas, de las promesas incumplidas, pero, sobre todo, de que el pueblo sigue luchando en contra de una serie de injusticias que llevan más de cien años sin resolución. Estas historias se adentran en las realidades de un México invisibilizado, en donde las oportunidades han sido negadas de manera sistemática y la guerra siempre ha estado presente. Son un llamado de atención para las autoridades, las instituciones y para todos los que niegan la existencia de esas problemáticas que gritan desde las venas de una tierra que nunca ha dejado de sangrar.

Esta antología es un aporte de calidad a la discusión sobre la importancia de la Revolución en la actualidad. Martín evita el uso de lenguajes pretenciosos y especializados que tanto les gusta usar a los elitistas del tema. Con una escritura sencilla y amigable, *El espíritu de Villa* no busca cumplir con los estándares de la academia; más bien, busca cumplir con algo más grande: el pueblo. Estos cuentos participan del legado de Reed, Katz, Azuela y Campobello; han crecido entre las cabalgatas bajo el sol, la verbena popular y las marchas de protesta; han recorrido los pueblos, las rancherías y la sierra; han mantenido la lucha desde su trinchera, esperando este momento, abriéndose camino por la tierra de nadie para finalmente dar el paso y unirse a la línea de avanzada.



El muertito

A Nellie Campobello, por su villismo, donde quiera que se encuentre.

A veces no se puede salir de casa por los combates tan duros que hay. En ocasiones, duran días enteros y, hasta que los villistas no sacan a los fregados changos a balazos, no se puede descansar en paz. Aunque la calma no dura mucho, da tiempo de ponerse a trabajar.

Pero así es la guerra y su crueldad. Ayer fusilaron a un hombre afuera de mi casa, aquí en Parral. Era un pobre muchacho que dejaron ahí tirado los del pelotón, olvidado. Todas las mañanas mi hija despertaba y se iba a asomar a través de una ventanita de la casa para ver el cuerpo solitario del joven que todavía yacía ahí. Pasaron varios días hasta que algunos de sus compañeros vinieron y, al fin, se lo llevaron a enterrar.

Quizá usted no me lo crea, pero mi hija lloró cuando vio que se lo habían llevado, le había agarrado mucho cariño. “Era mi muertito, mamá, ¿a dónde se lo llevaron?” decía. Me daba mucha pena verla sufrir así, pero lo que me tenía más angustiada era saber que el único amigo de mi hija era un muerto.

Por eso yo espero que cuando mi hija Nellie sea grande, entienda que no hace falta andar fusilando muchachos para tener amigos.



Agua de caballo

Aquí se acabó Sansón con todos sus feligreses.

FRANCISCO VILLA

Estar aquí, bajo la luna a la luz del fuego, me recuerda tantas cosas. Como cuando andaba ahí metido en “la bola”, entre los plomazos, mal comiendo, mal viviendo. Recuerdo que, casi al final de la guerra, cruzamos el bolsón del Mapimí, ¿sabe usted dónde está eso? Yo por poco no la contaba y, ¿sabe qué me salvó? El agua de caballo.

No sabe a lo que me refiero, ¿verdad? No me vea con esa mirada, yo todavía estoy consciente de lo que le estoy contando. Jamás este humilde servidor había peregrinado de tan lejos a un lugar así, tan cabrón. Déjeme decirle, amigo, que si el infierno existe debe estar en el desierto de Coahuila.

¿Que a qué saben los orines de caballo? No me lo pregunte, no me lo recuerde. ¿A poco jamás los ha probado? Si su respuesta es no, yo le aconsejo que nunca lo haga y, si por algún motivo, los crueles destinos de la vida lo obligan a probarlos, entonces hágalo, pero hágalo sólo cuando se esté usted muriendo de sed, porque sólo así se los va a poder pasar.

Así lo hicimos las fuerzas leales de Pancho Villa. Todos nosotros tragados por el desierto, perdidos en la nada. Con un calor tan insoportable y tan asesino, que la menor palabra le quiebra a usted los labios, haciéndolos sangrar. Que sienta cómo el sol le quema a uno el rostro, sin una jija gota de agua en kilómetros, sin fuerzas ya para dar un solo paso más.

Mire que yo soy de La Laguna, y después de la guerra me vine a vivir por acá, pero jamás he tenido una desesperación tan grande como lo es morir de sed. Se siente cómo uno se va quedando seco seco, duro y tieso; la lengua se vuelve en su contra, como un animal angustiado, una fiera que se lo quiere comer desde adentro. La vida se le escapa con cada gota de sudor escurriendo por el cuerpo. Los mejores remedios, los únicos, fueron una pañoleta mojada en sotol para los labios y así, hacer un poco de agua en el buche.

La gran travesía fue llevada a cabo en el año veinte. Éramos apenas unos cuantos cientos, nada era ya como antes, habían pasado varios años desde que se habían terminado los grandes ferrocarriles, los cañones y los miles de hombres. Durante esos tiempos, no conocimos el descanso. Ni las botas nos podíamos quitar porque en una de esas te agarrabas con los carrancistas o te tenías que subir al animal pa' pegarle a mataballo, hasta donde fuera posible. A donde llegáramos teníamos enemigos. Algunas ocasiones, ya ni nos pegaban el "¿quién vive?", nomás abrían fuego, ya todo había cambiado.

La meritita verdad es que todos nosotros estábamos cansados de luchar, queríamos dejar las armas, pero esta piedrita seguía y seguía, y pues ni modo de dejar la guerra así nomás. No, para nada; a mi hermano, en paz descanse, y a mí, nos enseñaron a no chaquetear, y si uno dice que va a hacer algo, lo hace y ya. Pa' luego es tarde.



Un día, llegó un mensaje: el barbas de chivo, quesque presidente, culpable de que la guerra siguiera por algunos años más, había sido asesinado. Alguien se nos adelantó. En la sierra nunca supimos bien quién fue el aventado, pero sabíamos que varios de sus mismos perros que tenía de achichincles le guardaban mucho rencor.

Me parece que el general Villa sintió la necesidad de no pelear más. Pero esos mismos perros perfumados de Carranza y Obregón, nomás no lo dejaban encontrar la paz, decían que no era posible hacer la paz con un bandolero, con un robavacas y amenazaban a todo aquel que se ofreciera a pactar con él. Por eso, el jefe Villa, un día tomó una decisión: nos íbamos para Coahuila. El plan era sencillo, cruzaríamos cientos de kilómetros de puro desierto sin que los carranclanes lo supieran, los evadiríamos y les meteríamos un buen susto.

Iba ya la columna de caballería sobre su último vuelo, con las nubes blancas de tierra por los aires, agitando la seca arena del desierto a nuestro paso. Mi guaje para cargar agua después de varios días por fin se encontró vacío. El 30-30 siempre cargado y listo en la montura del caballo. Nosotros muertos de hambre, perdidos. Y estaba yo muy azorado porque Francisco Villa jamás se perdía, sabía pa' dónde cortarse siempre en busca de agua, comida o refugio. En esta ocasión no fue así.

Como le decía, con el paso de los días, el agua se terminó, la hornada se adueñó de la tranquilidad de los hombres. A nuestros propios amigos les afloró la locura y les mintió a algunos con sus espejismos sobre el horizonte. Algunos de esos mismos jinetes le hicieron frente a la paranoia disparando contra esos blancos imaginarios, y los comandantes prefirieron desarmarlos. Nuestra operación no podía correr el peligro de ser descubierta por el enemigo, debido al ruido de los disparos.



Pasaron las horas y, justo cuando me encontraba ya ladeado sobre la silla de montar, a punto de caerme del caballo, me entregaron un guaje. Bebí y bebí como si nunca hubiera bebido, me escurría el líquido hasta por los bigotes. Yo no sabía qué era; la verdad me sabía como a cerveza. No tenía tiempo de preguntar, me moría de sed. Poco rato después, me dijeron que era agua de caballo y ni pa' protestar, que pa' ser derechos, sólo así pueden saber bien los orines de cuaco, como le decía. Y quién sabe, a lo mejor por eso el general Villa solía decir que el alcohol sabía a meados, sepa dios.

En trece días nos desaparecimos del gobierno. Recorrimos poco más de setecientos kilómetros de territorio enemigo, sin agua, ni comida. En una cabalgata de día y noche, casi sin parar, llegamos a Sabinas, Coahuila, casi por accidente, dejando a los curros comiendo maíz porque, según ellos, quesque nos tenían cercados en Chihuahua. Los villistas estamos en todas partes y a la vez en ninguna.

Ahí en Sabinas nadie se rindió, se hizo la paz.



Ernesto Ríos

*Pancho Villa, lo llevo grabado
en mi mente y en mi corazón.
Aunque a veces me vi derrotado
por las fuerzas del manco Obregón,
siempre anduve como fiel soldado
hasta el fin de la revolución.*

La primera ocasión que estrechamos nuestra mano, preparabas a tus hombres, verificabas sus armas, provisiones y parque. Era apenas un escuincle cuando nos presentaron.

—A sus órdenes, comandante —dije con cierta mella.

—Ernesto Ríos, servidor y amigo —respondiste, muy amable, muy formal.

Por fin, después de tanto tiempo, lo supe: nos dirigiríamos a Columbus. Salimos de la hacienda de Boca Grande, cerca de Palomas, con rumbo al oriente para despistar al enemigo.

Momentos más tarde cruzamos la frontera entre México y los Estados Unidos. Ya en pleno combate, te perdí de vista cuando entraste a uno de los hoteles del gringo que andábamos buscando: un güero más que se había hecho rico con

la Revolución Mexicana. Avanzamos rápido, cubriéndonos, mientras las balas llovían sobre nosotros.

En media refriega, aquel pueblucho comenzó a arder. Los primeros rayos del sol dejaban a la vista nuestras posiciones, y esos hijos de su terrazuda nana comenzaron a tumbarnos, poco a poco, a los nuestros. Desde azoteas y ventanas, los rifles del enemigo escupían sus balas, produciendo silbidos al rozar nuestros cuerpos. Situados al otro lado de Columbus, la resistencia militar ya organizada y posicionada en sus ametralladoras, nomás se daba gusto ella sola matando villistas.

Se tocó la retirada. Ernesto, varios muchachos pensaron en la derrota, pero al final logramos el objetivo: despistar al perfumado de Carranza. Los gringos nomás eran el puro pretexto.

Cuando regresamos a México ya traíamos a los americanos detrás, ¿te acuerdas? Aunque eso jamás nos detuvo para continuar la lucha, nos pelaban los dientes. Pero todo cambió cuando hirieron a mi general en la rodilla, casi al terminar un combate. Las órdenes fueron reconcentrarnos dentro de unos meses, en lo que se recuperaba la herida. Mientras tanto, debíamos continuar haciendo ruido, todo lo posible, contra todo y contra todos.

Nos hicimos amigos en la sierra, Ernesto; bebiendo agua de los charcos, compartiendo abrigo durante noches heladas, mal comiendo, tomando todo lo que estuviera a nuestro alcance, tentando al diablo, jugándonos la vida.

Así anduvimos un rato, en ocasiones a salto de mata, otras veces más tranquilos. Asesinamos villistas pasados con el enemigo, carrancistas, y todo aquel gringo de la expedición que anduviera enyerbado. Acobijados por el silencio, ocultos en la oscuridad de las sombras, sin rajarnos.

Antes de “la bola”, yo nomás no le encontraba el porqué a la vida. Hasta que cierto día, llegó mi general Villa a colgar



al patrón del pescuezo, mientras yo de ver cómo se le subían los huevos al cogote, me carcajeaba del puritito gusto. Y fue a partir de ese momento que mi vida, nuestra vida, Ernesto, tuvo razón de ser.

La guerra terminó, nos amnistiamos con el chingao' gobierno del manco ese, y nos dedicamos a vivir en paz en Canutillo. Una mañana de julio en la que mi general ya no regresó, estabas enfermo y te ordenó descansar, ¿te acuerdas? Desde aquel día ya no fuiste el mismo, ninguno de nosotros lo fue.

Años, muchos años después, cuando nos llegamos a reunir, hablábamos de Villa y de Zapata, de Fierro y de Ángeles. Ya con algunos sotoles encima, el sufrimiento se nos desbordaba, y decías que eras tú quien tenía que haberse muerto en vez de él, o con él, de haber sido necesario; porque sólo así se mata a la justicia, porque sólo así se mata a los hombres libres, a traición.

Nuestro pueblo perdió la guerra, la Revolución la ganaron esos mismos que desde el principio no queríamos en el poder, y aunque todo pareciera perdido, esos mismos vencedores tuvieron que escuchar. Escuchar la sangre y la muerte.

Ve de nosotros lo que quedó y, ¿quién quedó?, ¿cuántos quedamos? Si a todos nos fueron matando uno por uno. Entonces, yo pregunto: ¿Qué ganamos y qué perdimos? Si cuando el jefe se acabó, ya ni tierras pa' trabajar había. Por eso, después de tanto tiempo, digo: ¡Que viva Villa! Porque con dios como nuestro testigo, por un tiempo fuimos el terror de los ricos, el rayo y el azote, y eso, mi querido Ernesto, eso sí no se puede negar.

Ahora, después de tantos años sin vernos, vengo a verte como antes, cuando nos reuníamos en la casa de Manuelita Casas, una de las esposas del general, todavía con los uniformes de los Dorados bien puestos y nuestras .45 en la cintura. Hay noches en las que sueño con toda la sangre, con esos



rostros sin emociones encontrados de pronto por la muerte, o con los cadáveres desechos a mi lado: piernas y brazos por todas partes de quién sabe quién. Entonces despierto envuelto en llanto y los recuerdos de los disparos no me dejan dormir. Son días en los que quisiera ya no despertar.

Hice lo que me pediste ayer en mis sueños, por eso estoy aquí. Traté de convencer a tus hijos de venir, sé que hace tiempo que no te visitan, pero ya ves que andan ocupados con lo de la campaña para la diputación. Ay, Ernesto. Ernesto Ríos, jefe de los Dorados de Francisco Villa, hombre entre los hombres, eras un echao' pa' delante. Por eso, aquí frente a tu tumba, te ruego me dispenses, no te impacientes más, querido amigo, que ya pronto nos veremos.



Los cantores

*Adiós, adiós.
Lucero de mis noches,
dijo un soldado
al pie de una ventana.
Me voy, me voy
no llores ángel mío,
que volveré mañana.*

Cantaba Jacinto al ensillar su yegua. A lo lejos, más allá de donde los ojos alcanzaban a ver, en el horizonte, se escuchaban los primeros disparos de artillería y su estruendo al estrellarse contra los disparejos terrenos cultivados de Celaya.

Se cruzaron los sables; ambos individuos, mortales, inclinaron su torso hacia delante, en señal de saludo y respeto. Habían desenfundado y comenzado a tirar. Era un duelo a muerte entre dos cuerpos de artillería. Un encuentro por lo que muchos llaman justicia. Sin embargo, era también una lucha por la tierra, esa misma tierra, sobre la que se encontraban apostados los soldados, los trenes y los caballos, los pueblos y las ciudades, los ranchos y las serranías; esa tierra fértil, pródiga y deliciosa, que se levantaba por los aires, cuando el estremecimiento de las metralas de cañón se impactaba sobre ella. La causa real de esta guerra.

—¿Qué trae ese pelao'? Que hasta cantando está —soltó Antonio, en voz baja. Miraba al hombre de lejos, receloso, acostado sobre unas pacas de paja. Mientras, Jacinto, el cantor, desde una esquina, solo con su yegua a un lado, cantaba y cantaba, ansioso, contento. Los rugidos de aquellos cañones no le molestaban a Antonio; sin embargo, sintió un frío que subía por la planta de sus pies, hasta sus piernas, y de ahí a su espalda a pesar del calor en el aire. Su estómago se aligeraba, su cuerpo sudaba. No podía dejar de pensar en lo próximo. Era ese algo que había sabido ocultar desde hace años, pero al final prosperaba en él. Tenía miedo.

Después de su estancia en la ciudad de México, con las fuerzas convencionistas, en diciembre de 1914, nada volvió a ser lo mismo. Le habían prometido, al igual que a muchos, la paz. Habían pasado cuatro meses, y desde ese momento todo se veía tan lejano, lo único visible era un destino complicado. Varios de sus compañeros huyeron en la primera oportunidad que tuvieron; muchos para los Estados Unidos, otros para los rincones más ocultos e inalcanzables, donde la Revolución era apenas un mito. Antonio, por otra parte, a pesar de estar rodeado de muchísimos hombres, se encontraba solo al igual que Jacinto.

Ahora ya no era sólo Jacinto quien cantaba, pues les había contagiado la felicidad a todos sus compañeros: hombres cabales, centenares y centenares de guerreros a coro cantaban y recordaban los días de gloria; celebraban, gustosos de ir a combatir, dispuestos a llenar su cuero de balas. La canción seguía.

*La cucaracha, la cucaracha,
ya no puede caminar,
porque no tiene, porque le falta,
marihuana pa'fumar.*



Antonio se levantó de las pacas en las cuales yacía intranquilo, desconcertado. Sus manos temblaban.

*Pobrecito de Madero,
casi todos le han fallado,
huerta el ebrio bandolero,
es un buey para el arado.*

Mientras Antonio caminaba hacia Jacinto, comenzaron a escurrir lágrimas por sus mejillas. Harto de las carcajadas y los cantos, de los estruendos y las órdenes, al final, el soldado comenzó a quebrarse. Los recuerdos como balas perdidas, dolían y penetraban su mente, su cuerpo. Pero lo que terminó por hacer su realidad insoportable era saber que quizá no regresaría con vida a ese triste corral.

Antonio jamás, en ningún combate, había sentido la necesidad de huir de sus hermanos pues, desde el principio, lo habían acogido mejor que la vida misma. Fue en la guerra que conoció un catre bien tendido y no un pobre petate; que conoció la carne y no nada más los frijoles o el chile; que conocieron sus dedos, por primera vez, una pluma para aprender a firmar su nombre.

Sobre su espalda, hasta ahora inquebrantable, caían las decisiones. ¿Permanecer? ¿Huir? Eran las preguntas. Al llegar hasta Jacinto que se reía a carcajadas en medio del jolgorio, Antonio preguntó:

—Oiga, ¿qué uste' no tiene miedo de Celaya?

—¿Y usted sí, mi amigo? —contestó Jacinto—. Creo que no pienso mucho en eso —agregó.

—¿Por qué? Si la meritita verda' yo ya sé pa' qué estoy aquí, yo ya sé pa' qué sirvo.

Antonio enmudeció. La canción continuaba...



*Ya se van los carrancistas,
ya se van por el alambre.
Porque dicen los villistas,
que se están muriendo de hambre.*

El clarín entonó su fina pieza. Las órdenes fueron dadas. Los primeros combates de Celaya comenzaron. Cientos de soldados cantaban y cantaban, en un carnaval de hombres armados y finas bestias. Todos ellos muy distintos unos de los otros, ostentaban facciones agresivas, otros más templadas, rostros indígenas y rostros finos, con la piel clara o tostada por el sol, soldados jóvenes y viejos, muchachos, hombres y ancianos. Vestidos de charro o calzón de manta, incluso de saco y corbata, como si a la muerte se le fuera a encontrar vestidos de gala. Porque el ser villistas los hace ser no un solo hombre o una sola voz, sino una sola bala.

Amaneció, entonces, mientras las fogatas aún exhalaban sus débiles e inconsistentes bocanadas. Los soldados montaron en sus bestias: con el cielo oscuro todavía, comenzaron a producir largas columnas de jinetes a todo galope. Salieron por las puertas de la ranchería, decididos a enfrentar su destino.

Horas antes, de madrugada aún, varios ataques nocturnos de caballería e infantería habían chocado contra las improvisadas paredes fortificadas del enemigo, sin haber tenido ningún éxito. Las ametralladoras y los alambres de púas hacían más daño que los mismos rifles, y los canales de riego, arreglados como trincheras, hicieron a los jinetes y sus bestias pagar las consecuencias. Jacinto, perteneciente a la brigada Bracamonte, se encontraba ya sobre su yegua, listo. Otros más, se pararon a su lado. Después de haber ido uno tras otro, ahora rozaban sus propios flancos.

El jinete contempla el frente: un humo gris proveniente de los bombardeos adorna las fortificaciones de piedra, las



zanjas desiertas, sin señales del enemigo, así como las cercas y los grandes ventanales de una antigua hacienda abandonada, hacen parecer que la victoria está ahí, esperando a que sólo el más valiente pueda hacerse de ella. Sin embargo, el campo de batalla cubierto de muertos y su sangre, con su olor a putrefacción, comienza a hacerse notar, impidiendo que se piense claramente, capaz de hacer desertar a cualquiera.

Hay niños colgados en los alambres de púas. Bestias deshechas dentro de los canales de riego, y hombres apenas reconocibles sobre el suelo. En aquellas líneas sólo están ellos y nadie más, hay silencio y esperanza. La muerte se encuentra frente a ellos, y guardan respeto. Jacinto recuerda a aquel amigo que se había acercado horas antes, Antonio. Lo busca con la mirada, de un lado a otro. Busca el rostro de un hombre que dudaba, y le había hecho preguntas absurdas, pero no puede encontrarlo desde donde se encuentra formado. Quizá el soldado desertó.

El sable del general Bracamonte señala el frente: es el momento de avanzar. Comenzaron con un trote ligero, poco a poco aumentaron su velocidad hasta ir a todo galope. Parecían estar cerca, tenían preparadas las granadas de mano para enfrentar al enemigo guardado en las murallas, pero de un momento a otro, varios de los grandes ventanales se abrieron. Salieron las bocas de varias ametralladoras y tiradores con ellas, abriendo fuego contra las, hasta entonces, invencibles caballerías villistas. De las zanjales, tiradores salieron de su escondite y comenzaron a disparar. Al tratar de esquivar las ráfagas, los caballos herían sus patas con los alambres de púas, o caían con todo y jinete dentro de los canales de riego.

Jacinto, con las riendas de su yegua entre los dientes, disparaba con las dos manos sus pistolas. No escuchaba nada, solamente el latir de su corazón, apresurado y agitado. Se-



guía sin temer por su vida: sus ojos amarillentos y furiosos, fijos en el enemigo, asesinaban con mirar. Uno a uno sus compañeros fueron cayendo. Ya muy cerca de los muros de la antigua hacienda, cayó de su caballo; su yegua tan querida se encontraba herida. Supo que no regresaría; ni él, ni ella y, con alguna lágrima, la sacrificó ahí mismo.

A unos cuantos metros suyos, estaba Antonio, también tirado sobre la tierra. Ahí yacía, con un agujero en la cabeza, con varias granadas en un bolso de lana todavía aferrado a sus manos. Al caer de su caballo, Jacinto había perdido sus explosivos de dinamita. Lastimado de una pierna, como fiera las tomó y arrojó sobre uno de los ventanales, en los cuales se encontraban las ametralladoras. Hubo varias explosiones.

Al ver su alrededor, caballos y soldados muertos, dorados casquillos de balas que lo rodeaban, por fin lo entendió: ahí estaba la muerte. Siete hombres le apuntaban con sus rifles. Jacinto, aún con el revólver en la mano, decidió levantar su arma, apuntar y disparar.



Nosotros los hombres humildes que hacemos la guerra

Muchos de nosotros hubiésemos querido ir a la escuela, pero qué íbamos a andar pensando en eso. El señor Porfirio Díaz estaba muy equivocado. Para nosotros no hubo pan, nomás hubo palos. Y no había de otra que trabajar, y trabajar mucho para mal comer.

Yo, desde muy niño, perdí a mi padre, por eso me dediqué a recoger madera, para ayudarle a mi madre con mis hermanos y en lo que hiciera falta. Me encantaba andar a caballo, pedía que se me encargaran los trabajos donde pudiera estar siempre sobre una silla de montar. Me fueron gustando cada vez más y, al pasar de los años, los fui manejando cada vez mejor.

Cuando sucedió lo de mi hermanita, le tuve que saltar al monte: entonces le aprendí a eso de andar de cabrón en la sierra, y otras cosas más. Ahí, o me avisaba o me quebraban. Si no me agarraban los rurales, me agarraban los fríos de Durango, si no eran los fríos, era el hambre, si no era el hambre, eran los coyotes.

Fueron tiempos difíciles, sin andarse con confiancitas, siempre con la pistola bajo el zarape, preparado para zumbarle el cajón a quien fuera. Todo lo que han aprendido mis muchachitos, lo han aprendido a la mala, lo reconozco. Pero lo han hecho así porque no les ha quedado de otra.

Muchos de ellos crecieron en pueblos azotados por la pobreza, por el hambre y por el propio gobierno, que nada

más andaba buscando quedarse con sus tierras, o llevárselos a trabajar a la fuerza. Ahora los ricos nos temen, y, ¿qué querían ellos? Si crecimos rodeados de mucha sangre, de mucha muerte y eso es lo que somos nosotros: los hombres humildes que hacemos la guerra. Gente honrada, obligada.



Éramos retehertas mujeres las que andábamos por ahí meritito en “la bola”, peleando al lado de nuestros esposos, padres o hermanos, preparando algo pa’ comer o lo que fuese necesario pa’l combate. Hace muchos años conocí a una mujer, una soldadera que me cuesta trabajo olvidar. Brava entre las bravas, valiente y guerrera. No se rajaba, aunque su vida tuviera que dar, su historia la tengo presente y ahorita se las voy a contar.

Decían por aquella región de La Laguna que su padre fue de los primeros en levantarse contra el tirano. Fue fusilado y colgado en la sierra, poco antes de la Revolución, a manos de los rurales, policías del dictador. Su madre, una campesina honrada, muy humilde e indígena, también sufrió los abusos del patrón. Trabajaba duro, día y noche, en las cosechas, aunque a cintarazos la trajeran bajo el infernal sol duranguense.

Su padre, muerto, y su madre, herida del perpetuo claustro. La Caritina siguió a sus hermanos en la sangrienta aventura. Años pasaron y los fue perdiendo uno a uno. Encontrarse detrás de los frentes de batalla con las demás mujeres la tenía desesperada. Sólo podía esperar después de cada batalla el cuerpo sin vida de su último hermano; cuando, harta, se puso de pie, consiguió una carabina y fue directo a donde se estaban agarrando. Apoyó a los muchachos en medio de la balacera: “¡Arriba, arriba, muchachos! ¡Ya llegó Francisco Villa a quitarles lo pantera!”. Los soldados salieron de su protección a luchar hombro a hombro con la soldade-

ra. Los villistas se hicieron del terreno e hicieron correr a los colorados jijos del maíz. La batalla se ganó, pero su último hermano se perdió.

¡Ay, Caritina! La soldadera que anduvo con las fuerzas de Pancho Villa, que llegó a ser coronela, y que fue guerrillera de veras. Anduvo en “la bola” desde los primeros días. Maderista de corazón, maderista a muerte. Nunca se rajó por más feroz que estuviera el combate. Si la buscabas, en los frentes de batalla la encontrabas.

Recuerdo que en 1915, aquel sangriento y triste año para la División del Norte, la Caritina gritaba “¡Que viva Villa!”, y lo hacía con emoción, entre una de las tantas cargas de soldados que se mandaban a las trincheras en Celaya. Esas batallas, reñidas y feroces, me duelen nomás de recordarlas. ¡Ah, qué Obregón! Nomás te faltaban unos días pa’ quedarte manco. Eras retraicionero, algo que mi general Villa nunca te perdonó.

Incontables veces la Caritina nos cubrió la espalda, pues éramos perseguidos con rencor a lo largo y ancho del país, nos querían eliminados como plaga. Muchos de los oficiales o jefes eran cercados y asesinados. Uno que otro corría con la suerte de ser comprado por el “barbitas de chivo”, como el buen Maclovio Herrera, que encontró el final de su camino en Pancho Villa. Hasta el fin del mundo, en los desiertos más áridos, en lo alto de las montañas más escarpadas, en lo más oculto de los bosques, nos perseguían esos perfumados. Entre las trincheras y entre los plomazos, subiendo sierras y bajando montes, dispersos, nos querían. A salto de mata andaba la Caritina, jalando la carabina, sin qué comer, descalza.

La pobre de Caritina era de valientes y humildes enaguas, tanto, que la tropa la respetaba. Compañera de los más bragados de la División: los hermanos López, Fierritos, Nicolás Fernández, Ortega y Rodríguez. ¿Dónde te nos que-



daste, Caritina? No fue en Sonora, ni en Chihuahua. Tú, que ni quisiste ir a la capital, al triunfo del pueblo, de la verdadera revolución. No olvido aquellas noches cuando tuviste que asesinar a puñal, sin plomo; el plomo que no teníamos, el plomo con el que ya no contábamos. O aquella vez que fuimos la excusa de los carranclanes para rendir a sus enemigos, porque si no, nos ajusticiaban a nosotras y a todas las hembras de los soldados.

La Caritina vivió decenas de injusticias, sobrevivió a decenas de combates, no se andaba por las ramas. Peleó por un pedazo de tierra que al final, nunca se le otorgó. Tanto jaló el gatillo, y tanto esquivó las ráfagas, para que ningún mentado funcionario reconociera sus grados de coronela.

Hace algunos años, terminada la Revolución, una triste mañana que amaneció muy nublada, la coronela quedó borracha en el suelo, tirada afuera de una cantina, como si fuera en batalla. Dos veladoras prendidas el pueblo le regalaba, mismas que alumbraban su charrasca en la cara y aquellas tan consumidas facciones, que habían dejado estos últimos y mezquinos años. En una choza negra donde la pobre vivía, descuidada y mugrosa, allí hallaron entre sus cosas, retratos de Pancho Villa, balazos sobre su ensangrentada y rota ropa, igual que varias cartas de ingratas secretarias. Le hicieron la autopsia a la valiente coronela y encontraron una gran cicatriz de un machetazo en la espalda; la operación peligrosa desde el muslo hasta las costillas; y trece balas preciosas de cuando anduvo con Villa. La pobre de Caritina, ¿ya pa' qué diablos servía?



No es limosna

La última reunión comienza, los caballerangos bajan de sus bestias y las amarran de lo más cerca que encuentran. Los jinetes buscan una silla, toman asiento. El sudor y la tierra hecha polvo se mezclan sobre su frente para crear una sustancia lodosa, la cual baja por sus sienas hasta su barbilla. Algunos se secan con los paliacates que traen, otros se dejan la suciedad ahí mismo; mientras, los sombreros cubren sus semblantes maltratados del frío extremo y el calor tan seco.

En el público se encuentran también muchos campesinos, gente de pueblo y que es pueblo. Gente pobre. Rostros morenos y agrietados. Semblantes indígenas, cansados, maltratados y explotados. Esperan con paciencia, esperan algo, no se sabe qué. Cada uno de ellos tiene sus motivos: el agua, la tierra, el cacique o el patrón, la educación o la violencia. Con humildad muestran dignidad en la mirada; mirada cuidadosa, tímida y cubierta por los anchos sombreros, guardada siempre en su cabeza orgullosa.

Una gran carpa anaranjada los cubre a todos ellos, dando un color falso a sus pieles tostadas. Sus conversaciones son parcas e impacientes, para hacer tiempo, mientras el evento por el cual todos se han reunido da inicio. Conmemoran a un general revolucionario que había luchado por los campesinos hace más de cien años y era originario de ese mismo pueblo.

La banda de música toca a todo lo que da, su contrato se termina a las tres de la tarde. Son las dos y media. Por

fin, llega el segundo al mando del gobernador, su secretario; vayan las plegarias de los labradores a saber, si quien se presenta ante ellos es realmente quien dice ser. La insolente lentitud del burócrata es la razón por la cual el evento, con el que se culminan tres días arduos de cabalgata en el frío y bajo los tremendos rayos de sol, cruzando pueblos y serranías, comience con una ligera tardanza de dos horas.

Las personalidades toman su respectivo lugar en el presidium. Entre ellos se encuentran los descendientes del general conmemorado.

—Estamos aquí, reunidos a 102 años de la muerte del general López, para conmemorarlo...

Comienza el discurso del secretario. Entre el público se cuchichea. “¿Cuál muerte? Si lo asesinaron unos cabrones, por órdenes del gobierno”.

—Son tiempos de unidad, son tiempos de paz y nuestra responsabilidad es, precisamente, continuar gobernando con lealtad y justicia para el pueblo. No podemos dejar el trabajo inconcluso y mucho menos dejar que la oposición hable de nosotros. No crean lo que dicen de la violencia, no es verdad. Ya hay millones de mexicanos viviendo mejor. Lo único que existe es un problema de comunicación entre ellos y nosotros —el segundo del gobernador termina, por fin, de hablar.

Los discursos concluyen. Habló puro trajeado que ni en la cabalgata iba; ningún campesino, ningún jinete. La gente de a caballo ni siquiera pudo opinar o agradecer. Los descendientes sirvieron de botarga, nada más. Los campesinos, mucho menos, quesque están representados por un cacique que hacía de todo, para que lo notara el secretario, pero ni una miradita le echó. La comida comienza, el secretario se va en su camionetón. Le da asco el olor picante y animal de los asistentes.

Mientras, la fiesta continúa. Entre la comida y el baile, uno de los campesinos más viejos alcanza a uno de los des-



cendientes del general revolucionario. Es muy joven y no tiene más de dieciocho años. Se acerca como si no hubiera nadie más en el lugar. Va directo hacia él, en medio de las fotos y el desmadre.

—Oiga mi señor, quería hablar con usted. Tengo un problema que me aqueja.

—Buenas tardes. Dígame en qué le puedo ayudar —contesta el joven.

—¿Es usted algo del general Macías?

—Sí, lo soy.

—Bueno. Mire, hace varios años, el señor Torres, padre del actual presidente municipal, y unos de sus hombres, a la mala se metieron en nuestras tierras y sacaron a mi padre y a mí, a patadas. A mi hermana la agarraron, se la llevaron a la sierra y nos la dejaron muy mal. Aquí están los papeles de mi propiedad, firmada por el mismísimo general Lázaro Cárdenas. ¿Qué hago? Ya no sé qué hacer —Algunas lágrimas comienzan a brotar de los ojos del anciano—. Aquí traigo una carta para ver si me puede ayudar, con algo, lo que sea. Yo no pido limosna. Yo nomás pido tantita justicia.

El joven sintió enfado, una tristeza inconmensurable. Él no podía hacer nada. Algo se rompió dentro, en él. También sintió ganas de llorar. México no está bien, todavía no. Hace falta su abuelo. Él no es ni un punto en el mundo.

—Déjeme, pues, al menos firmar esa carta con mi nombre y exigirle a ese cabrón que le devuelva lo que le pertenece a usted.

Porque, después de todo, ¿qué hacer? Él no puede hacer nada, su ropa no huele a pólvora, y nunca lo hará. Él no es nadie.



Pa' la sierra

Si hay que hacer la Guerra, la Guerra se hará.

ALI PRIMERA

Hay hombres que pasan toda su vida o buena parte de ella en busca de la legalidad, y nomás no la encuentran, pues las circunstancias no los dejan. Son en los momentos de grandes decisiones que cambian sus vidas, en los que encuentran sólo una solución para resolver sus problemas: levantarse en armas. Aquellos hombres somos nosotros.

He sido profesor durante varios años, y yo jamás quise llegar a este punto, pero aquí estamos. Rodeados de esclavos, peones, ferrocarrileros, mineros, maestros, obreros y campesinos: gente necesitada de justicia. La mayoría de nosotros nunca fue de armas.

Mi padre expulsó a los franceses de México, al lado de muchos otros. Él fue de Juárez y fue de Díaz, él fue de mi propia piel y de mi propia sangre. Pero cuando Díaz tomó el poder de esta manera, mi propio padre lo rechazó y se opuso aquí, en Chihuahua. La rebelión del pueblo terminó con el asesinato de mi padre y sus compañeros.

Después de eso, con mucha tristeza, traté de hallar a los culpables del asesinato de mi padre, pero eso venía sobrando. Fueron los de la “Acordada”, la policía secreta del gobierno, los que lo mataron. Terminé mis estudios y me hice profesor para educar a los niños del pueblo. Me vine unos años más tarde a vivir para acá, a San Andrés. Aquí me casé y tuve a mis hijos.

Los años pasan, pero a donde quiera que veo, afloran las injusticias. Hace algunos años observé varios vagones de trenes cargados de indios yaquis, llevados contra su voluntad a las tierras del henequén, en Yucatán. A los más bravos, los mataban ahí mismo, donde estuvieran; y a los más débiles, los dejaban a su suerte. Me he enterado que los ejércitos de Díaz han arrasado con pueblos yaquis, enteros.

Hace unos días supe que asesinaron a una familia completa, con el pretexto de que eran sospechosos de conspirar contra el gobernador; pero eso, ¿quién lo sabe? ¿Quién se atrevió a mencionarlo o publicarlo en algún periódico? Si cada uno de los periódicos le trabajan al régimen, y los que se niegan son callados. ¿Quién levantó la voz por ellos? Si cada uno de los partidos de oposición han sido aniquilados, y cazados sus participantes, hasta el último.

Las tiendas de raya esclavizan a todos aquellos que se encuentran bajo el sistema de peonaje que, según el gobierno, dice que no son esclavos. Sin embargo, si la deuda es de los padres y éstos mueren, la deuda es pasada a los hijos. Muchos de ellos no pueden ir más allá de las tierras del hacendado, porque no les es permitido.

Han estallado huelgas como la de Cananea, en Coahuila, o Río Blanco, en Veracruz. Ahí también la gente es esclavizada y llevada contra su voluntad, a través de engaños. Los contratistas le mienten a la gente diciendo que se les pagará bien, que tendrán un buen lugar para vivir, pero todo eso es falso; los llevan a una vida de tragedia, de terror. Esta gente



es secuestrada y, cuando tratan de regresar, sus intentos son impedidos, alegando estos contratistas que ahora le deben a la empresa, puesto que se ha invertido en esos trabajadores, con uniformes, comida y viajes.

Pero eso sí, que viva el general Díaz; que vivan las mineras inglesas que vienen a llevarse el oro; que vivan los empresarios americanos que vienen a quedarse con el petróleo y con las tierras, porque según el presidente es lo que nos hace falta. Inversión extranjera, ¿verdad? Por mí que chinguen a su madre.

Entonces, ¿qué esperamos? ¿Qué esperamos si no tomamos las armas, si no hacemos la guerra, si dejamos que las injusticias lleguen a cada uno de nosotros? ¿Qué esperamos, cuando seamos los siguientes? ¿Qué esperamos para luchar por nuestros hijos o nuestros hermanos? Nada, no esperamos nada. Hoy, 14 de noviembre, aquí en Cuchillo Parado, inicia la Revolución Mexicana. A las órdenes de Toribio Ortega nos vamos pa' la sierra.



La guerra de las piedras

Cuando le entré a “la bola” tenía yo muchos amigos, demasiados, más de los que pudiese llegar a contar con los dedos de las manos. Buenos pa’l caballo y pa’ los balazos. Ellos daban la vida por mí y yo por la de ellos. Pero ahora que llevamos varios años metidos en la guerra, no tengo ya tantos amigos como antes. Muchos han muerto por el enemigo, fusilados, colgados, asesinados. Muchos otros han preferido pasarse al otro bando, amnistiarse o traicionarme.

Yo fui gran amigo de dos hombres muy valientes: Demetrio Macías y Pablo López. Ambos terminaron su vida de una manera muy parecida.

Demetrio, aunque muchos afirman que es una leyenda, que jamás existió, yo sí lo conocí. Sólo una ocasión hablé con él cuando todo esto comenzó. Pero eso bastó para saber que toda la vida y hasta su muerte, sería mi amigo y un fiel defensor de la Revolución.

Pablo fue uno de mis amigos y generales más fieles, que hasta se hizo de cierta popularidad. Dicen que se reía a carcajadas cuando le decían que los gringos andaban tras de él.

Algunos cuentan que Demetrio fue a parar en un cañón sin salida, con unos cuantos soldados. Los carrancistas le tendieron una emboscada, y ahí murió con toda su tropa. Su muerte me pegó mucho pues, algún sobreviviente de ese ataque me llegó a contar algo que escuchó momentos antes de morir en combate. La mujer de Demetrio trataba de convencerlo para que abandonara la guerra y dejara la Revolución, pero el hombre sólo se detuvo, tomó una pie-

dra, la aventó hacia el acantilado de esa cañada, y le dijo a su esposa: “¿Ves esa piedra? Esa piedra somos nosotros, es la revolución y esa piedra ya no se detiene por nada”.

Algo parecido le sucedió al hermano de mi muchachito Martín López, Pablo. Cuando veníamos de regreso de Columbus ya no se pudo arrejuntar con el grueso del ejército. A mí me hieren unos días después en la rodilla, con un balazo que casi me la destroza por completo, y ya no supe nada de él, hasta después. Él también venía herido del combate, traía las dos piernas muy lastimadas y tenía que usar muletas para caminar. Los carrancistas por fin lo encontraron, lo fueron a cazar a una cueva donde estaba escondido. Como los gringos ya estaban en territorio mexicano, y no sabía quién lo había encontrado, el muy cabrón, en medio de la balacera, les gritó: “Si son mexicanos, me rindo. Sin son gringos, ni madres”. Lo bajaron quesque para hacerle juicio.

Ya cuando lo iban a fusilar, mandó a correr a un americano, que se encontraba entre el público que veía la ejecución. No iba a permitir que lo viera morir. Pablo pidió un vaso de agua mineral, y ahí mismo echó una piedrita. Se bebió toda el agua y ahí quedó la piedra muy sola. Se paró en el paredón, frente al pelotón y sin venda en los ojos: él mismo dio las órdenes para abrir fuego. Su hermano lo lloró siempre, desde que se enteró de su fusilamiento.

Las guerras se hacen a pedradas, a pedradas de esfuerzo, a pedradas de sacrificio, ¿sabe por qué? Porque el destino de una piedra es estarse quieta para toda la eternidad, a no ser que algo o alguien la venga a mover. En la Revolución nunca nos detuvimos, nosotros movimos las piedras, las hicimos girar por los barrancos, por los valles, por los pueblos, por las ciudades; y cuando era momento de ir a dejar la vida en alguna barranca o en algún paredón, eran esas mismas piedras las que se quedaban ahí, aguardando, estando lis-



tas para continuar con la guerra cuando el siguiente viniera a moverlas. Porque ésta es la guerra de las piedras, entonces usted decide: si viene a mover las piedras o a quedarse quieto.



La nota: *¿Dónde está el Primer Jefe?*

El Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, don Venustiano Carranza, ha sido secuestrado. El día de hoy hacia las siete y cuarto de la mañana, habría llegado al bosque de Chapultepec un grupo de hombres armados, irrumpiendo en la tranquilidad habitual de nuestro señor presidente, para interceptarlo, secuestrarlo y amagarlo, según algunas versiones de los escoltas presidenciales. Aún se desconocen los motivos de dicha acción tan cobarde y desalmada.

Especial para el *Amanecer Mexicano*. CIUDAD DE MÉXICO, AGOSTO 27.- Después del secuestro y un enfrentamiento con la guardia presidencial, los delincuentes resguardados por algunos otros atacantes a caballo, se movilizaron en varias carretas, las cuales se piensa, podrían haber sido robadas de una hacienda cercana, y huyeron con dirección al sur de la ciudad de México. Hasta el momento se ignora la identidad de los autores materiales e intelectuales que han ordenado dicha ejecución y su planeación.

En cuanto las máximas autoridades de la República tuvieron noticias de lo sucedido, se trasladaron violentamente a la ciudad de México. En el mismo lugar de los hechos, sólo cuatro escoltas resultaron con heridas leves, mientras que cuatro hombres del lado de los asaltantes fueron abatidos. Por su parte y debido a la cercanía con el señor Carranza, el cuerpo del Estado Mayor Presidencial ya se encuentra investigando las identidades de los atacantes caídos en el enfrentamiento.

De manera natural, todo el país exige respuestas sobre el paradero del presidente y se plantean las siguientes preguntas: ¿Quiénes son estos sujetos y qué es lo que desean conseguir mediante esta acción? ¿Fueron estos sujetos enviados por políticos, líderes rebeldes, guerrilleros o son, en su defecto, simplemente asaltantes de poca monta? Debido a la gravedad del asunto, este hecho no debe, ni debería, aislarse de los temas políticos nacionales.

El subsecretario de guerra, Jesús Agustín Castro, ha desplegado una gran cantidad de las fuerzas armadas constitucionalistas, en una desesperada búsqueda por los principales líderes guerrilleros, Francisco Villa y Emiliano Zapata, con la finalidad de extinguir rumores, y acabar de una vez por todas con el dominio y autoridad de estos forajidos y sus levantamientos. Hasta el momento, a los principales subordinados encargados de las zonas militares en Chihuahua y Morelos les fueron sumadas una enorme cantidad de tropas. Los generales Francisco Murguía y Pablo González fueron movilizados y apoyados con grandes cantidades de parque para cada uno de los miles de hombres que se encuentran bajo su mando directo. Asimismo, los comandantes y generales de cada guarnición de tropas en las ciudades más importantes asumieron el control directo de las mismas por las futuras posibles agitaciones.

Con respecto a la agenda internacional, el curso de varias negociaciones y pláticas ha tenido que detenerse por el momento. Mientras la guerra en Europa sigue sacudiendo al mundo, con cifras de muertos elevándose a diario, en nuestro país, a pesar de sólo haber transcurrido unas horas, la tensión con nuestros vecinos en el norte se ha acrecentado. Los Estados Unidos no sólo se ofrecen fervientemente para colaborar y hallar a los responsables sino que, además, de manera crítica, ha sido lanzado un ultimátum de su parte para el gobierno mexicano en general, sin mencionar que la



frontera con el país americano ha sido cerrada por primera vez en varios meses.

Recordemos que hasta hace apenas unos meses, el último soldado americano de la expedición punitiva salió de territorio nacional, después de llevar las tensiones al punto máximo, y hoy de nuevo crecen los conatos de bronca entre soldados americanos y ciudadanos mexicanos. “Esta actitud bipolar de los Estados Unidos ha generado malestar y enojo en todos los niveles de nuestra sociedad. No podemos permitirlo y, por tanto, pedimos de la manera más atenta a nuestros vecinos que nos dejen resolverlo. Ya nos encontramos investigando”, dijo el Gral. Ignacio C. Enríquez, secretario de guerra. El jefe de operaciones llegará esta tarde a la ciudad de México.

Todo el pueblo de México se encuentra a la expectativa. La policía en general, los mandos militares, desde el más alto rango hasta el más pequeño, e incluso miembros de las defensas sociales, han sido movilizadas y se encuentran trabajando arduamente para encontrar a los responsables del raptó.

Ministros, funcionarios y trabajadores públicos mantienen el objetivo de aminorar el impacto de este suceso. Aunque no han pasado ni siquiera veinticuatro horas de la desaparición del señor Venustiano Carranza, la noticia corre rápidamente a lo largo y ancho del país, lo cual ha significado el rebrote de una serie de levantamientos y saqueos en, al menos, diecinueve estados de la República, lo que beneficia el entorpecimiento de la búsqueda del C. Presidente.

A pesar de todas las versiones posibles sobre los motivos de este secuestro, la mayoría de ellas apunta a los líderes rebeldes Francisco Villa y Emiliano Zapata, como enemigos naturales del gobierno constitucionalista; pues ellos, por todos los medios posibles, han generado obstáculos, hasta menguar y poner en riesgo la soberanía nacional, con tal de



impedir el triunfo de la asamblea constituyente y sus representantes.

En los bajos estratos sociales, se ha catalogado lo sucedido como un acto “pro-patria” o “a favor de la patria”. ¿“Hacer Patria” con el secuestro de nuestro señor presidente? Increíble, indigna tan sólo de pensar aquella frase. Está por demás mencionar que existe una clase muy definida de ciudadanos en todos los estratos de nuestra sociedad mexicana, que apoyan y se felicitan unos a otros, con la más gozosa felicidad al escuchar de este terrible hecho. ¿Qué clase de ciudadanos desmerecidos son éstos, quienes ante la autoridad se mofan del cargo más alto que un mexicano podría llegar a ocupar o administrar alguna vez?



Memorias a la oscuridad

“**T**an pronto me encuentren a ese perfumado condenado me lo traen pa’cá y aquí mismo nos lo quebramos. No le voy a perdonar lo que nos ha hecho. Ninguno de ustedes me le dispara al enemigo a más de cincuenta metros, no hay tantas balas, y no quiero que esta operación nos vaya a fallar por culpa del poco parque que traemos para los fusiles. Vamos viendo, pues, cuántos sombreros nos sobran para esta noche”. Esas fueron las órdenes del general Villa antes de entrar en combate.

Después de nuestro asalto a Columbus, los gringos entraron a nuestro territorio. Nuestras fuerzas se desplegaron hacia Ciudad Guerrero, porque ahí andaba un carrancista apellidado “Cavazos”, que ya nos debía varias y teníamos que saldar cuentas con él.

Nos encontrábamos dominando el combate, pero, ya cerca de acabar con el enemigo, el general fue herido. La bala que le atravesó la rodilla rompió todo por dentro: entró por detrás y salió por delante. Cuando suspendimos el ataque supimos que ya traíamos a los gringos detrás. El general sólo confió en unos cuantos más y en mí para llevarlo a una cueva que, al paso de los días, el frío y las condiciones ya habían infectado la herida.

Han pasado semanas y la rodilla del general no mejora. Brota sangre y pus de su herida algunas veces, cuando le hacemos curaciones salen pedazos de bala y hueso quebrado. Estamos en una situación desesperante, casi no hay qué comer, no hay qué beber.

Pero algo nos da tranquilidad. Nosotros sabemos que esos güeros están condenados al fracaso, lo sabemos los que peleamos dentro de la boca del lobo, en el esófago de esta cueva: mi hogar y mi cuartel. Lo saben quienes gritan y se levantan, los que mueren por las ansias de tener un México distinto, sin traidores, desleales y ratas.

Porque como le dije una vez el general Villa al presidente Madero, enfrente de todos los acaudalados, en una junta muy elegante en Chihuahua: “Deme usted autorización para colgar a toda esta bola de curros y que siga la Revolución adelante”.

Cada soldado villista supo a qué hacendado rico o a qué rural deshonesto tuvo que matar o robar para iniciar con la lucha. Un México libre y honesto es lo que necesitamos, ahí es donde radica la causa y la consecuencia de cada bala que escupe la garganta del fusil revolucionario mexicano, y por eso es Francisco Villa nuestro líder. Podemos soportar dolor, hambruna, molestias, penurias, tristezas, torturas y locura, pero jamás la injusticia. Eso nos lo ha enseñado él, para luego volver por lo que es de uno, reclamarlo. Morir por él es nuestro juramento y vivir por él es nuestro reglamento, porque con ese hombre está la Revolución, lo bueno y lo malo de ella habita en él, aunque muchos no lo entienden.

Pese a todas las calamidades hay poco arrepentimiento entre nuestras filas, a diferencia de los que abren las puertas al extranjero para enriquecerse con el sudor de los mexicanos, para quedarse con lo que hay debajo de nuestros pies. Los americanos que hoy intentan cumplir con su tan soñado Destino Manifiesto se quejan del calor y la incomodidad que les ofrenda el pueblo chihuahuense. Los gringos se han comenzado a cuestionar si en realidad es necesario torturar o asesinar a todos esos mexicanos, que muy valientes defienden a su país, porque esos gringos no tienen cabeza, ni razo-



nes reales; sólo buscan su bienestar, y por eso algunos hasta se vuelven locos y se muerden entre ellos cual viles perros.

Es junio de 1916, y sólo esta cueva oscura sabrá hasta qué día mejorará la rodilla de Francisco Villa para continuar la Revolución.



De la miel a la ponzoña

*A todos esos señores que triunfaron con la traición
e hicieron de este país lo que quisieron,
a todos esos cobardes
que al escuchar un “¡Viva Villa!”
prefieren callar, mientras un escalofrío
sube por su espalda...*

*El vencido merece la misericordia del vencedor,
solamente los desleales o más bien los traidores
no tienen en la guerra ningún derecho
a la compasión de los hombres guerreros
que los vencen, porque la guerra es así.*

FRANCISCO VILLA

Los primeros rayos del sol lo sorprendieron convertido en un alacrán minúsculo, güero y amarillento, con pinzas y aguijón, muy ponzoñoso, muy mortal.

La noche anterior, aquel desconocido había decidido cuál extremo de la cama sería mejor para descansar. Sin embargo, amaneció al otro lado de éste, y por ahí se levantó. Porque ni la guerra, ni la locura, ni la violencia cundían por sus flancos cuando despertó. A su costado, se encontraba una preciosa acompañante agazapada envuelta entre las sá-

banas blancas. La mujer también despertó, saltó de entre su escondrijo y se vistió. Ni adiós dijo, apresurada, salió de la habitación, pues el contrato había vencido.

El insecto, recién convertido, volvió al camastro y se dispuso a leer el periódico *Vida Nueva*, el diario del villismo en Chihuahua. Entonces rechinó los dientes, lanzó unos cuantos “chingados” al aire, sintió celos en su interior, sintió algo arder y comenzó a odiar aquello que ya no era tan suyo. Unas malditas ganas de chorrear su veneno por todo el cuarto se apoderaron de él: una ley agraria había sido decretada.

Llamó a sus criadas para que le sirvieran el atole en vajilla de plata, como a él le gustaba. Al terminar su desayuno, se preparó para salir; engalanó su traje de charro y le quedó bien, como de costumbre, hecho a la medida. Tomó el arma y la enfundó. Bajó de su exiguo cuarto de hotel, pagado con dinero de la guerra, de la mismísima Revolución. Una Revolución ahora ajena a él.

Habían llegado varios telegramas procedentes de diversos frentes de batalla. Su asistente los leyó todos; en la mayoría de ellos se suplicaba su asistencia inmediata, pero esto a él ya no le interesó. Su guerra ya no era la misma guerra, no era ya la guerra de sus viejos compañeros.

La reunión más importante de su vida comenzaría en unos minutos, y ésta comenzaba a reclamarle una posible tardanza. Salió del edificio y caminó hacia donde se encontraba su yegua, la escolta desde hacía unos minutos tenía preparado el animal. Montó y cabalgó hacia el encuentro. Por todo el pueblo había rostros cansados; eran los restos de una golpeada y derrotada guarnición villista a sus órdenes directas, esperando partir al nuevo combate.

El alacrán llegó a tiempo para cambiar su destino, en punto de las doce del día, cuando el sol brilla en lo más alto del cielo. Subió las escaleras de piedra para alcanzar el pór-



tico de un gran edificio lujoso y moderno. Un cuarteto de hombres muy ancianos y muy bien vestidos, de pipa y guante, estrecharon las múltiples patas del insecto con frialdad. Platicaron con él cerca de una hora, y unas maletas llenas de monedas de oro le fueron entregadas. Y las nuevas órdenes, de sus nuevos jefes, remplazaron a las viejas órdenes de su antiguo jefe, porque en posesión de ese antiguo jefe, el dinero no era dinero, sólo eran balas.

Su jefe anterior se encontraba lejos, en otro mundo, en su propia guerra, en los panales donde se produce la miel; entonces y sólo entonces, sólo por eso, la ponzoña tomó el valor de hacer lo que iba a hacer. El insecto terminó su encuentro cuidándose las espaldas, mirando su retaguardia con sus múltiples ojos y entonces comprendió que para toda la vida tendría que hacerlo, temblándole las patas, sudando frío; topó con sus hombres. Comenzó a organizar su inmediato ataque. Arrió a sus secuaces anónimos, en el proceso mintió y negó. Los dirigió a un cuartel donde se hallaban, tranquilas, otras brigadas de antiguos soldados amigos, y ahora nuevos soldados enemigos. Abrieron fuego contra sus viejos compañeros sin pleno aviso, sin saludar, sin insultar; asesinando y masacrando.

Fueron muchas las sabandijas que formaron un enjambre, mientras rociaban su veneno por doquier. Algunas de ellas, todavía con honor, prefirieron desertar al darse cuenta de que atacaban a sus aliados. Pero ese alacrán que siguió asesinando, esa sabandija detractora y contrarrevolucionaria, no era un insecto más, tenía nombre. Era Pascual Orozco y Victoriano Huerta, eran aquellos insectos de cuyo apellido no me quiero acordar, Herrera se llamaban los cobardes, era también Joaquín Amaro; era Pablo González y Francisco Murguía; era también Calles, Carranza y Obregón matando a la Revolución. ¿Y todo por que? Pues por algo de poder, por la capacidad de hacer entender, o hacer dominar a un pueblo



con sesenta mil bayonetas, o por unos cuantos pesos, por una mujer, por un desayuno llevado a la cama, por un baño de agua tibia, por una almohada blandita, por un traje a la medida, y todo por eso, pasó esa pequeña sabandija amarilla, de la miel a la ponzoña.



Juventud impedida

*Desgraciados los pueblos donde la juventud
no haga temblar al mundo y los estudiantes
se mantengan sumisos ante el tirano.*

LUCIO CABAÑAS

Martín le entró a la Revolución como a los diecinueve años. A tan corta edad, él y sus hermanos sufrieron los embates del “Orden y Progreso”. Siempre fue un joven trabajador, hacía de todo para ayudarles a sus padres en el pequeño negocio.

Las olas de la guerra lo arrastraron como a muchos jóvenes. Se hizo respetar entre la tropa por valiente y dedicado. Desde que Francisco Villa lo conoció, siempre lo trató con mucho cariño. Llegó a ser como el hijo que Villa jamás tuvo, un hijo militar para criar entre los plumazos. Parecido a él, se encontraba el güero Baudelio, que ya en confianza, cuando Villa se ponía como energúmeno, Martín y él lo llamaban “la fiera”. “¿Dónde estará la fiera?”, “¿qué anda haciendo la fiera?”, “¿ahora qué le pasa a la fiera?”. Nadie, ninguno de los generales, incluso los más bragados o reconocidos, se atrevían a llamarle así, pero Villa se los permitía.

A Martín y a Baudelio les gustaba mucho la bebida. En los tiempos de descanso, se dedicaban a jugar “la ruleta”, que consistía en dejar todo en manos de la suerte. Para el juego, se apagaban las luces, un revólver se amartillaba y se arrojaba al azar sobre una mesa, mientras los jugadores se tomaban de los brazos y pegaban el cuerpo al tablero. Al general Villa le encabronaba que sus hombres anduvieran tentando la vida de esa manera. Cuando los llegaba a encontrar jugando, era capaz de sacar la pistola y matarlos ahí mismo, pero eso no ocurría cuando Martín o Baudelio jugaban. Villa los perdonaba, no sin antes meterles una regañada.

Martín siempre estuvo al lado de Francisco Villa, en las buenas y en las malas, en la tranquilidad y en la tempestad. Cuando la División del Norte fue disuelta a finales de 1915, Martín persiguió las guerrillas villistas sin pensarlo. Fue a despedirse con mucho cariño de sus padres y se marchó a seguir la sangre destilada por la Revolución.

Peleó y peleó, valiente, durante años sin descanso. Se hizo de renombre por comandar las caballerías en los tiempos más feroces de la guerra. Una ocasión, cuando traían muy de cerca a los changos de Murguía, Villa armó una estrategia para quitárselos de encima. Martín fue el seleccionado para la misión.

En El Rosario le pusieron una trampa al perfumado de “Pancho Riatas”, apodado así porque le gustaba llenar los árboles de villistas ahorcados. Aunque los carrancistas dobleteaban el número de los guerrilleros, ningún hombre se rajó. Martín, con unos cuantos, los fue atrayendo poco a poco, disparándoles; se hacía el derrotado y luego otra vez los picaba para que lo siguieran. Cuando llegó el momento, dio la señal, detonando dos granadas de mano, entonces el general les cerró la pinza. Aquella tarde murió poco más de la mitad de los carrancistas, dejando a los heridos a su



suerte. Se cuenta que Francisco Murguía huyó, mientras un general villista a todo galope le ordenaba que se detuviera, dándole cintareadas con el sable, pero Murguía no hizo caso; avergonzado, pidió que jamás se contara de su cobardía.

Martín López habrá tenido unos veintiséis años cuando fue muerto en combate. Su general fue a despedirlo y enterrarlo a solas en la sierra. Se dice que Villa jamás derramaba ni una sola lágrima por sus hombres, pero en realidad era muy sensible. Aquella ocasión lloró, lloró de verdad por el valiente Martín. Murió cubriendo una retirada. Dicen que sus últimas palabras fueron: “Si tienen miedo a morir, váyanse. Yo me quedo”. Una bala entró por su espalda y salió por su estómago. Con 23 heridas de bala, la muerte por fin se coronaba sobre su juventud impedida, impedida de vivir, de envejecer, quizá hasta de amar, mas no de luchar.



Pan para los niños

Dos mujeres caminaban solitarias por la calle, bajo la resplandeciente luna chihuahuense: sus pies apresurados las encaminaban a una importante reunión. Una de ellas traía entre las manos una nota que marcaba el lugar y la hora para el encuentro. Un olvidado y ya muy deshecho vagón de tren se encontraba frente a ellas. Ahí se detuvieron.

“¿Y si es una trampa? Nos acusarán de traidoras”, dijo una de ellas. “Tenemos que confiar en él, yo lo conocí, jamás nos haría algo así. Además, tenemos que hacerlo por los niños”, contestó su compañera, mientras la abrazó fuerte. Tomaron valor y se adentraron en el desconocido umbral del vagón.

Una pequeña vela se encendió. Tres hombres de botas y sombrero salieron de entre las sombras. Uno de ellos agarró la silla que se encontraba frente a él y tomó asiento. Decidido, se quitó el sombrero, unos lentes pequeños y redondos, también una gabardina sucia y vieja, llena de parches y agujeros. “Ya me quité el disfraz, mis maestritas, ahora sí díganme en qué les puede servir Francisco Villa”. “¿De verdad es usted?”, preguntó una de ellas, sorprendida. “¿No me mandaron a hablar?”, contestó Villa. “Sí, así es, general, disculpe la molestia, sabemos bien lo ocupado que está usted. Nosotras estamos encargadas de la primaria Benito Juárez, toda la semana nos las hemos visto negras para darle de comer a los niños, pero ahora sí, para mañana ya no habrá ni migajas”, respondió la otra mujer. “Yo me acuerdo muy bien de usted”, dijo el general y continuó: “De cuando estuvimos

en el gobierno de Chihuahua. Sé de todos sus esfuerzos para mantener la escuelita, así que no se me preocupe, que para mañana esos niños tendrán pan y leche para desayunar, tendrán comida para todo el mes y hasta ropa les vamos a llevar”.

Todos los asistentes del pequeño encuentro hablaron y rieron durante un rato. “La verdad no sabemos cómo agradecerle, general, pensamos que usted no vendría”, comentó una de las maestras. “Bueno, si ustedes vinieran hostiles o quisieran habernos puesto una trampa con los carrancistas, ni yo estaría aquí, ni ustedes tampoco, sépanlo bien. La guerra está dura, de nadie podemos confiarnos, pero yo tampoco podía dejar a los niños así nada más. Arriesgamos el pellejo por ellos, porque si el gobierno no se hace cargo de ellos, Francisco Villa sí”.

Al terminar el encuentro, a la hora de los abrazos y las despedidas, una de las maestras preguntó: “Y, ¿a dónde va, general?”. “Me voy a la sierra a seguir tirando balazos, no le puedo decir más. Sólo puedo decir que si queremos revolucionar este país, necesitamos niños en la escuela, no en la guerra, con maestros que luchen por ellos, que cuando el gobierno no les cumpla a ellos o a los niños lo manifiesten”, contestó el general. El hombre se vistió de nuevo con su disfraz y salió con los demás hombres que lo acompañaban para la sierra, a seguir tirando balazos, tal como él lo dijo.



Me estás matando, Baudelio

¿Para dónde vas, Baudelio? ¿Quién te llama de tan lejos? Dime, ¿qué voz tan callada clama a gritos por tu nombre que ya ni siquiera alcanzo a escuchar? ¿Hacia dónde miran esos ojos envueltos en lágrimas? Mírame, Baudelio, te hablo. Ten dignidad y mira a tu madre. Nadie hay en esta pobre casa, más que tú y yo. Deja ya de rezar, pues ni el santo menos socorrido podría olvidar todas tus injurias. ¿Para qué el arma, hijo? Contéstame, Baudelio. Ahí vas otra vez, al infierno, a desatar el miedo, a vender tu pobre felicidad, a vivir del robo y de la muerte.

Tu abuela te nombró Baudelio por apellidarte Uribe, para honrar la memoria de un joven villista, siempre leal a su pueblo. Desde siempre fuiste un niño lleno de coraje, de enojo. ¿Qué hice mal, hijo, dime? Nunca aposté por tu rabia, ¿acaso te crié mal, acaso te faltó algo? Te saliste de la escuela para trabajar en una maquila y todavía muy niño comen-zaste a trabajar de la tierra. Pero, Baudelio, no es lo mismo sembrar maíz que amapola. Nos iría mal, sí, pero serías mi niño aún, y no de aquello que te llama, no de ese impulso que te domina.

Fue la misma abuela quien te habló sobre el primer Baudelio, y lo que hacía con sus enemigos. Pues en cuanto los perdonaba, les cortaba un pedazo de oreja y los dejaba ir, siempre con la condición de que, si volvían a caer en sus manos, se los pasaba por las armas. Pero aquí estás, con Francisco Villa impreso en los brazos, porque no sabes llevarlo en el corazón. Tú, hijo, que heredaste la Revolución y no has

entendido nada. Ahora te llaman Baudelio “el Mochaorejas”, por hacer lo mismo que él hacía.

Me estás matando, Baudelio; tú y tu miseria nos están matando, y si te vas esta noche, no vuelvas, porque este no será más tu hogar. No más abrazos, ni caricias, comida o palabras de aliento de mi parte. Porque un día te van a matar y tú a mí me vas a matar con tu muerte.

Has estado lejos de mí, de lo que te guardó y cuidó durante muchos años. Tanto tiempo te has ido, y tan lejos, que parecieras otra persona. Ahora te apareces como un alma en pena, sólo para desaparecer de nuevo.

Tan ocupado has estado ultrajando y asesinando que no sabes siquiera, que otra vez, los ricos y poderosos quieren agenciarse nuestra tierra. Comprarla, Baudelio, comprarla por una retribución tan mezquina. Todo porque nuestra humilde casa se halla dentro de sus planes para quedarse con lo que hay debajo. Pero tu corazón se sobresalta al sentir la lluvia de balas, al sentir sobre tu regazo una cualquiera, mientras te despachas una cerveza. Hijo mío, mientras puedas, quítate el apellido. Arráncalo de tu ser, si vas a andar haciendo chingaderas.

Hace mucho tiempo la Revolución fue la pesadilla de los ricos, de los dueños de las minas, de la tierra y de los bancos. Tú que llevas la juventud, Baudelio, tú que llevas el arma, tú que llevas a Francisco Villa en los costados, cuidando de ti, deja ya de apuntar el arma contra otros. No mates a los niños con tus vicios, deja de robar al inocente. Vuelve a casa, Baudelio. Vuelve a casa, si es que aún tú eres mi hijo.



El grito de las flores

*Y si me matan por decir que hoy en la mesa falta el pan
será el cañón y no el rosal, el que repita la canción.
Si el tiempo nuevo ha de venir lo quiero nuestro, hoy, aquí
porque estoy harto de esperar, amando un mundo sin amor.
Escúchenme... quiero ser flor, pero si no seré fusil.*

LOS GUARAGUAO

— ¡Viva Villa! —gritó un desconocido. Seguido de aquella exclamación, varias descargas de máuser tronaron, las ametralladoras rugieron y un tiro de gracia final resonó para destrozarse la temida mente del líder guerrillero.

Quisieron desintegrarlo con sus cañones, despedazar cada centímetro de materia hasta no dejar ni el milímetro más insignificante de carne, ni la gota más pobre de sangre. Pero sus disparos terminaron por hacerlo leyenda mil veces más.

— ¡Atentos todos, atentos! Cierren puertas y ventanas. ¿Dónde están los guardias, dónde están, les digo? —gritó angustiado un hombre a la distancia. Sus pasos lo traían apresurado a través de la calle Zaragoza, al preciso lugar en el que esos mismos guardias asomaron la vista y la boca de sus fusiles por la orilla de sus resguardos.

Desde el horizonte, una huella infinita de estrellas líquidas y rojizas manchaba la polvorienta superficie de las calles de Parral, Chihuahua, dejando su marca; ellas perseguían a aquel hombre a la distancia, quien poco a poco fue vislumbrado por los centinelas.

El nombre de aquel desconocido era Ramón Contreras y esas marcas en el suelo eran gotas de su sangre, de su amargura y su propio dolor. Ramón pedía socorro aquella triste mañana del 20 de julio del 23, en la que el general Francisco Villa fue asesinado. Al llegar a la casa, después de dar la contraseña correcta, el portón trasero por fin se abrió ante sus quejidos. Los guardias, quienes solían proteger la modesta vivienda en la que vivía el general con su esposa Manuela Casas y su hijo José Trinidad Villa, de apenas unos meses de edad, fueron puestos en aviso y convirtieron aquella simple casa en una fortaleza. Como si la Revolución volviese a levantarse del sueño en el que había sido puesta por los reaccionarios. Los guardias prepararon sus armas, ante la amenazante posibilidad de que los asesinos quisieran tomar el lugar por asalto.

A Ramón le colgaba la mano tan sólo de un pellejo de carne. Con el antebrazo cocido a balazos, fue recibido por la misma esposa del general.

—¿Qué pasó, Ramón? Escuchamos varias ráfagas. ¿En dónde está el jefe? —dijo Manuela, mientras su voz se comenzaba a quebrar al no ver a su esposo.

—Se acabó el jefe, señora Manuela, se acabó el jefe —le dijo el fiel villista, entre lágrimas y sollozos. La señora Villa cortó lo que quizá sería un tendón con unas pequeñas tijeras para coser, separando por fin la mano del brazo destrozado del soldado, haciéndole más tarde una pequeña curación.

—Yo hubiera deseado morir con el jefe, señora, yo lo hubiera querido así. Unos cobardes nos emboscaron en la calle Gabino Barreda —Ramón comenzó a narrar lo sucedido—.



Pero no pudimos hacer nada contra esos mentados tipos. Traían fusiles, ametralladoras, estaban muy bien pertrechados y muy bien escondidos. Éstos no fueron unos cualquiera, señora Manuela, este fue el gobierno de ese manco perfumado jijo de la chingada.

Al mismo tiempo, algunos destellos de luz blanca, producidos por las cámaras de los fotógrafos, chocaron contra los cuerpos desechos y aún tibios de los asesinados. La ley llegó a poner orden. Aunque aun con cierta mella, los gendarmes que ahí se encontraban, miraban desconcertados y se negaban a creer en lo que sus ojos veían: el cadáver de Francisco Villa. Imposible, incomprensible.

La sangre escurrió por unos momentos como si el automóvil Dodge Brother, modelo 1913, fuera el mismo al que habían asesinado a tiros, estampado contra un árbol, con más de cien agujeros de bala y unas breves siluetas sin forma ocupando su interior. Mientras todo a su alrededor eran llantos y quejidos, la mal llamada “chusma” habló entonces, porque no pudo callar lo que sus corazones sufrían. Porque de todos los que ahí se encontraban, ninguno venía de cuna blanda. “¿Quién mató a Pancho Villa?”, preguntaba la gente. “Cállese”, contestaban los bufones, los lacayos; y la gente, por temor, callaba. Faltaba Pancho Villa.

Escortados por sus propios hombres y amigos cercanos, los cuerpos de los asesinados a traición fueron llevados al hotel Hidalgo, mismo que el general le había obsequiado a su esposa como regalo de bodas. Ahí se efectuaría la autopsia del general y sus acompañantes. Cubiertas las partes inferiores del cuerpo de Francisco Villa, de nuevo chocaron los golpes de luz blanca contra su cuero ensangrentado, contra los órganos destruidos y desnudos que se asomaban por encima de su piel, para así, hacer durar la tragedia mil años más. Muerto Francisco Villa, muerto Doroteo Arango, yacía postrado sobre una cama de bronce.



A solas, terminada la autopsia, en alguna parte del hotel, con la misma intimidad que sólo una esposa guarda, con el mismo dolor que sólo una viuda puede resistir; desolada y encabronada, Manuela limpia el cuerpo desnudo de su esposo. Lava con cuidado cada una de las heridas de su marido, sus manos, sus brazos, su vientre, su pecho, su cara. Al terminar, lo viste con un traje oscuro para su última despedida.

El rebelde, el guerrillero, aquel hombre alguna vez peón, quien se había casado más de veinte ocasiones, es acompañado sólo por Manuela. Todas las esposas del general se encuentran dispersas por el norte del país. El caudillo es guardado por gente del pueblo, por sus Dorados y otros soldados que habían servido a la causa. Muy temprano en la mañana, por órdenes del gobierno, quien teme un levantamiento, es llevado a enterrar en una pequeña carreta, escoltado por una inmensa procesión de lloronas y rostros tristes.

La gente rodea el sepulcro, ofrendan al muerto arreglos florales, algunos muy pomposos, otros muy humildes. De blanco, amarillo, rojo, azul, rosa y verde se visten los colores que acompañan al general en su entierro. Tantos son los arreglos florales que, para lograrse acomodar, los mismos asistentes forman paredes coloridas y contrafuertes aromatizados.

Frente a ese mismo monumento de flores que la gente del pueblo ha obsequiado con amor, esperanza y amargura, para recordar al revolucionario asesinado, Manuela se despide. Envuelta en su rebozo negro, cubierta desde el rostro hasta los tobillos, como cualquier otra viuda que lo acaba de perder todo o casi todo, se encuentra hincada con la mirada eternamente perdida ante la tumba del soldado. Ahí,



en su entierro de rebelde, de campesino, de bestia furiosa, de pesadilla encarnada, de amante desmesurado, de padre cariñoso, de sueño incumplido; ante ese altar de flores en el cual no cabe más que un “¡Viva Villa!”.



El hijo desobediente

Rodeado sólo de completa oscuridad, en compañía de nadie, un niño avanzaba dando tropiezos a lo largo de un camino. Sus brazos y hombros arrastraban una especie de bulto, tan grande, que fácilmente superaba el tamaño de su propio cuerpo. Conforme sus débiles y cansados pies lo alejaban de un campo de batalla, los estruendos ensordecedores de los cañones villistas cada vez iban perdiendo potencia.

Fue de aquel campo de guerra donde rescató a su padre, o lo que quedaba de él. Malherido, medio vivo, medio muerto. Sólo él con sus manos, brazos y piernas, medio lo cargaba, medio lo arrastraba; con un afaire de los mil demonios, decidido a todo, decidido a salvarle la vida.

* * *

El atardecer había caído de pronto, tomando a todos los soldados desprevenidos, mientras sus propias sombras grises en posición de tiro aún se veían reflejadas en la tierra. El sol por fin se despedía de Torreón y sus adyacentes cerros fortificados. Los últimos rayos cálidos pegaban sobre las pieles de los vivos y los muertos. La balacera, como el cauce de un río ante una fiera sequía, se fue secando poco a poco, a medida que los disparos ya sólo fueron esporádicos, arrítmicos.

Caía la noche y en algún lugar del ala derecha villista se produjo uno de los empujes más violentos contra el ala

izquierda del ejército federal. Los rebeldes notaron inconsistencias en las líneas defensivas del enemigo y aprovecharon el error. Con rabia, la infantería villista rompió una, dos, tres y cuatro líneas extendidas a lo largo de varios kilómetros. Sin embargo, poco a poco, el esfuerzo rebelde fue disminuyendo por el fuego mixto de los colorados y los federales.

En medio del terregal, en un intercambio de tiros casi a quemarropa y en pelea casi cuerpo a cuerpo, con machete o sable en mano, uno a uno los villistas fueron rechazados en una contraofensiva envolvente del enemigo. El arrojito del ala derecha villista fue detenido y obligado a retirarse. Ante el hundimiento del flanco derecho, la duda y la confusión se hizo presente también en el centro del campo que dominaban los guerrilleros.

En la huida, los hombres tropezaban, eran heridos o caían muertos con disparos en sus espaldas, mientras intentaban escapar de la contraofensiva federal. Las líneas defensivas villistas comenzaron a flaquear, generando estragos en toda la vanguardia.

Fue entonces, en aquel arrebatado de pólvora y sangre, que uno de tantos soldados cayó malherido; primero de rodillas, para luego dejar caer el máuser y también para dejar caer por completo el pecho sobre la tierra. El rifle tirado a unos centímetros de su mano izquierda quedó abandonado, aún con la boca humeante y con media cartuchera vacía. Botas, huaraches y pies descalzos corrían a su alrededor entre la maleza y el polvo. A la altura de su espalda baja comenzó a escurrir un líquido rojizo, y por debajo de él, en la tierra, comenzaba a formarse un pequeño charco del mismo líquido espeso.

La retirada desordenada y escandalosa de las líneas defensivas villistas, después de varios momentos de horror e incertidumbre, por fin fue detenida por una serie de hombres notables a caballo, quienes comenzaron a mover sus



bestias de un lado a otro, a arrojar gritos, órdenes y amenazas para apearse a sus compañeros. Aunque, al ver el miedo presente en los ojos de los soldados, esos mismos hombres se dedicaron a convencer de otra manera. “Háganlo por Dios, por caridad si es necesario, mis hermanitos, que esto todavía no se ha acabado”, “a formarse, hombres, a pelear”, “¿a dónde van? La guerra está del otro lado”, decía uno de ellos, mientras su animal se levantaba sobre sus dos patas, lanzando relinchos de máquina de guerra.

Cuando la desesperación de los hombres se contuvo al mirar los ojos de sus comandantes, los “¡Vivas!” resurgieron y la valentía volvió, para una vez más, tratar de recuperar los metros perdidos.

En algún lugar de ese mismo campo de batalla, un niño se encontraba perdido, entre el desorden repentino de la ofensiva y la retirada del ejército. Buscaba a su padre, pensó que no lo encontraría nunca más entre toda la masa ensangrentada y derrotada.

Fue ahí, en los surcos de la tierra, en las trincheras y las pequeñas protecciones de piedra, que el niño lo encontró al fin, después de buscarlo por unos minutos. Ahí estaba su padre, tirado boca abajo. Lo reconoció por las pañoletas rojas que llevaba en el cinto. Lo rodeaban cientos de casquillos de balas amarillentos, parecía un santo entre todo lo dorado y todo el brillo. Caballos muertos y cuerpos despedazados con rostros aterrorizados, sorprendidos, lo miraban con recelo por ser el único sobreviviente.

Con un dolor profundo se quejaba, temía por su propia vida. El revolucionario herido se lamentaba con la boca llena de tierra llamando a quien fuese, aullaba por un médico, por sus compañeros, por quien fuera y ahí apareció, por fin, su posible salvación. Había sido abandonado por la Revolución, porque la Revolución era un monstruo que no se detenía por nada ni nadie. Mas no había sido abandonado por su hijo.



Porque para él y su primogénito el tiempo no existía ya, era eso mismo de lo que carecía el hombre malherido. Porque para ambos no existía ya ni el principio, ni el final, sólo la muerte y su amenaza. Esa misma muerte repentina y fiera que se iba apoderando poco a poco del entumecido cuerpo del padre. Anestésica y terrible, la muerte ganaba sueño, y a ratos se deterioraba y generaba la consciencia de su propia presencia, y la imagen tremenda del espectáculo sangriento de una barriga desgarrada, rota, de la cual brotaban sus propias entrañas.

Ante el horror y la tragedia misma, la poca certeza sobre el proceder de la muerte fue una totalidad. Y es que la amenaza era ahora una sentencia, y el tiempo era ahora lo que postraría por completo esa muerte inmaterial en el cuerpo de su padre, para terminar de coronarse sobre cada átomo y cada célula.

Era sólo la intención de su hijo lo que podría cambiar el destino de aquel suceso y fue esa propia intención la que se transformó en acción. Desesperado por salvarlo, por hacerlo vivir, por hacerlo su padre un momento más, su hijo lo tomó por debajo de los brazos, lo abrazó, lo cargó, aunque no del todo, pues su tamaño no lo permitía; buena parte de las piernas iba arrastrándose. Con rebeldía, con necedad, con toda la fuerza sobre su espalda cuarteada y sus caderas macizas, el niño comenzó a llevar la poca vida de su padre sobre su mal alimentado dorso.

Metro a metro, el trayecto se transformó en kilómetros, pero el camino parecía no terminar. La distancia entre el campo de batalla y la retaguardia villista, en la cual se encontraban los vagones de ferrocarril acondicionados para el servicio sanitario de todos los soldados, era inmensa. La misma brigada especializada de la División del Norte iba y venía noches y días completos, con bestias o transportes motorizados si el camino lo permitía, cargando heridos y muer-



tos. Era imposible para los que ahí se encontraban, creer en lo que los ojos veían: un niño tratando de salvarle la vida a su padre, con todo el peso sobre sus brazos y su espalda, entre todo ese trecho.

Pedía ayuda a gritos a aquellos mismos que iban o venían, mientras los lloriqueos se lo permitían. Nadie lo ayudó, pues cada que algún hombre se acercaba y veía el desastre en la barriga de su padre, prefería irse en silencio. Algunos se atrevieron a decir: “No chamaco, éste ya no la cuenta”. Todos los hombres y mujeres estaban ocupados en algo, buscando a su padre, madre, hijo, hija, esposos, hermanos. Venían del infierno, de un campo de batalla repleto de muertos, y aquel camino era la nada, era un limbo, del cual sólo con suerte se podía salir vivo o muerto. Las revoluciones son hechas con soldados, hombres o mujeres, el mismo pueblo armado, pero la muerte es única, propia, individual, y para morir basta un solo corazón, por eso el niño estaba solo, solo en compañía de su padre y la muerte.

En pelotones, regimientos o divisiones la Revolución era una misma, con su voz, con su puño y su fuego. Como un anti-Leviatán se levantaba a pelear y a aplastar todo aquello que le pudiera ser contrario. Pero ¿y qué si una de sus partes moría?, ¿si una de sus células fallecía? Nada ocurriría, porque esa singularidad no era importante, aunque para el niño lo fuera todo. En terrible y amarga soledad arrastraba sus pies y los pies de su padre, que dejaban huella y sangre. Las manos del niño hacían el esfuerzo sobrehumano; avanzaba con las espaldas hacia atrás, con todo el cuidado de no tropezar; en ocasiones, cargaba de maneras distintas a su padre, sin dejarlo en el suelo por completo, para seguir adelante. La combustión de energía dentro de su cuerpo produjo un calor interno que se apoderó de su pequeño cuerpo. Su boca y nariz heladas inhalaban y exhalaban, agitadas. Sus brazos ardían, los dedos de sus manos, como ganchos metálicos



incrustados a su padre, dolían y no podían ya cambiar de forma, pues se hallaban entumecidos. El tiempo avanzaba y la distancia era incierta.

Caminaba, caminaba, caminaba hecho una fiera, lleno de lágrimas y dudas. Decidido a no perder a su padre, con todo ardiendo, todo quemando dentro de él. Dolía, todo dolía en él.

¿Cómo era posible que tanto dolor cupiera en un cuerpo tan pequeño? Y, ¿cómo era posible que tanto dolor pudiera cargar con tanta muerte? Porque dolería más perder a su padre, dolería más saber que, si por un segundo o un solo instante de calma o descanso, la muerte finalmente se postrara sobre su progenitor y se apropiara de ese cuerpo. Obstinado, el niño siguió y siguió.

* * *

La muerte se aligeró por un momento, como si sólo fuera un mal sueño de aquellos que la padecen. La luna con toda su claridad, muy en lo alto, como faro justo sobre sus cabezas, comenzó a conspirar a su favor y alumbraba el sendero aún por recorrer. Allá a lo lejos estaban por fin los trenes, ubicados entre la multitud de hogueras de todo el personal, quien se hallaba a la espera constante de noticias del combate. Cada fogata brillaba entre la oscuridad, apresando al gigantesco animal de hierro, a toda esa maraña inmensa de vagones, fierros y madera.

Largos, terrestres, como gusanos o serpientes yacían ahí los trenes estacionados de la brigada sanitaria de la División del Norte. Inmersos en la tranquilidad de la noche, con los heridos en sus entrañas, ahí entre toda la masa metálica, dentro de los carros con todos sus doctores y enfermeros, se hallaba la salvación de su padre.



—Felipe, hijo mío, déjeme aquí —dijo su padre apenas con un leve quejido—. Me voy a morir, me estoy muriendo. Dime, ¿a dónde me llevas, mi hijo? Déjame aquí, déjame descansar.

—No, papá, no lo voy a dejar aquí. Allá están los trenes, puedo verlos. Falta poco, falta poco —contestó el niño.

—Que me dejes, Felipe. El combate está bien tupido, no sabemos si el ejército venga en retirada o no. Tienes que dejarme o te van a agarrar. No quiero que te agarren porque si no también te van a matar —dijo su padre desesperado. La lucidez triunfó entre su estado moribundo.

—No, papá, yo a usted no lo voy a dejar, y usted tampoco me va a dejar a mí. No tengo a nadie más. Vamos a pasear mañana por las calles de Torreón. Pancho Villa dijo que íbamos a triunfar —Felipe no dejaba de caminar con su padre a rastras, temiendo que finalmente la vida de su padre se diera por vencida. De nuevo, comenzó a llorar.

—¡Felipe, ya! Hazme caso, mocoso jijo —La voz del soldado se quebró—. En el momento en el que me muera, me dejas aquí y te sigues con “la bola”, ellos te van a dar lo que necesites. Prométemelo, mi hijo.

—Se lo prometo, papá —contestó Felipe, resignado.

—Cuídeseme mucho, mijito, es usted muy valiente, se ha portado bien valiente. Póngase cabrón cuando yo ya no esté. Gracias por acompañarme. Lo quie... —la voz de su padre se cortó de un tirón.

Felipe se detuvo, en silencio, lentamente puso a su padre en el suelo. El cadáver tenía los ojos completamente abiertos, la muerte no lo dejó terminar su frase, ni siquiera cerrar los ojos para el eterno descanso. El niño llevó sus manos ensangrentadas a su boca, lágrimas corrieron con fuerza por sus mejillas. “Perdóneme, papá, perdóneme, perdóneme”, decía y decía.



Felipe se echó a llorar a su lado. Un arrepentimiento mortal dejó en su interior un hueco asesino, el mismo que no lo dejaba ponerse de pie e irse, como se lo dijo su padre. Quién sabe qué hubiera pasado si no hubiera sido un hijo desobediente, quién sabe qué hubiera pasado si justo antes de la contraofensiva de los federales, el miedo al combate no lo hubiese echado a correr entre los plomazos. “¿Por qué tuve que huir? ¿Por qué tuve que ser tan cobarde? ¿Por qué no pude ser como los otros niños de la infantería villista?”. Sólo otras realidades saben qué hubiera ocurrido, si entre la refriega no hubiera obligado a su padre a salir de su resguardo de piedra a buscarlo.

Las lágrimas caen en las heridas de su padre, y lo cierto es que él no podría haber sabido la realidad de los hechos. El niño pensaba que la muerte de su padre era su propia culpa. Pero Felipe no fue un hijo desobediente por irse del lado de su padre en los momentos más difíciles; porque ante la guerra y la muerte, todos los hombres, hasta el más valiente, no son más que niños indefensos. No, Felipe fue realmente desobediente porque ante el desorden, porque ante la soledad y la terrible situación fue a buscar a su padre; lo encontró y trató de salvarle la vida, incluso con la posibilidad de que él también la perdiera.

Un soldado sucio y harapiento que por ahí pasaba fue testigo del suceso. Se tambaleaba de cansancio y pertenecía a la misma brigada sanitaria de la División. Fue aquel único hombre quien sintió la necesidad de ponerse a un costado del infante, y se detuvo por completo ante la locura del ir y venir de hombres heridos, enfermeros y camilleros.

—¿Qué pasó aquí, muchachito? —preguntó el hombre—. ¿En qué le puedo ayudar?

—Mi papá... —contestó Felipe.

—Me doy cuenta. ¿Dónde está tu madre?

—Muerta.

—¿Tienes a alguien?



—No, nomás lo tenía a él y ya no está —el niño contestó. El soldado prefirió guardar silencio y lo abrazó con fuerza, mientras el lloriqueo aumentaba. Así pasaron los minutos de Felipe entre los brazos del soldado.

—Mira, niño, no podemos hacer mucho, pero podemos darle santa sepultura, tu papá tiene que descansar. Nos cortamos por acá —señaló un grupo de árboles a unos cuantos metros de ahí—. Y lo enterramos. Hay mucho por hacer acá todavía, niño. La guerra sigue. ¿Vamos? —preguntó el soldado. Felipe asintió, secándose las enormes mejillas enrojecidas.

Los niños huérfanos tenían que reportarse con algunos comandantes que pudieran asignarles algún tutor o alguien que los cuidara, en las distintas brigadas de apoyo de las líneas de suministros. Al día siguiente del entierro Felipe se despidió con un gran abrazo del soldado, pues los destinos de esta historia, de su historia, no podían unirlos por mucho tiempo.

—Gracias, señor. Gracias por todo —dijo Felipe, mientras lo soltaba.

—No hay nada que agradecer, muchachito, y cuando tengas tiempo de visitarnos, pregunta por Mariano Azuela, aquí estaré para servirte cuando lo necesites —contestó el soldado con una gran sonrisa sobre su rostro.

Los combates terminaron semanas más tarde. El ejército rebelde avanzó sobre los vestigios heridos de los federales. Gómez Palacio, Torreón, San Pedro y todas las ciudades de los alrededores cayeron ante los villistas en peleas encarnizadas, gracias al sacrificio de hombres, mujeres y niños como Felipe, su padre o las enfermeras pertenecientes a las distintas brigadas sanitarias, que salvaron soldados en incontables ocasiones.



En el camino de vuelta a Chihuahua dejé sus pobres almas, quietecitas y entumecidas. Lo que quedaba de la División del Norte venía repartido en pedazos, con muchos hombres heridos, hambrientos, sufriendo el frío y las lloviznas. Veníamos de ser derrotados por última vez en Sonora. Aquel par me pidió que los abandonara ahí merito, al margen del camino. Los dos niños, casi hombres, forjados al calor del combate me sugirieron que ahí los olvidara, porque no podíamos venirlos ya cargando, pues traíamos al enemigo en la cola, y aunque me negaba su necedad me ganó, porque nunca Francisco Villa deja a sus hombres atrás.

Comenzaba otra vez a nevar en la sierra cuando los bajamos de sus bestias, no se quejaban de sus heridas, por temor a que su general se fuera a arrepentir. Los cubrimos con su cobija, algunos hombres me ayudaron y nos tratamos de asegurar que sus últimos momentos en este mundo fueran lo menos dolorosos posibles con algunos tragos de sotol. Al ponerme de pie, monté mi caballo una vez más sin mucho que decir. Yo que a los hombres dominaba con la mirada, y a ellos que les debía tanto, no pude ni siquiera verlos a los ojos cuando se quedaron ahí recostados, quejándose del dolor. Conforme avanzó mi caballo, regresé mi mirada hacia ellos, me alejaba, mientras que la nieve los iba cubriendo poco a poco. Ni una lágrima soltaron esos jóvenes en el adiós, mientras que yo, siendo quesque un general de gran experiencia, quesque líder de la Revolución, sentía cómo se me cosía el corazón a balazos. En la despedida, y ya con cierta distancia

uno de ellos dijo algo que me hizo mucha mella y me puso a moquear como a un vil chamaco: “¡Adiós, mi general, usted nunca se raje!”, pero ¿quiere usted saber cuál fue mi respuesta? No hubo respuesta.



El espíritu de Villa

Podrán morir las personas, pero jamás sus ideas.

CHE GUEVARA

En el pueblo se cuenta que cuando alguien fallece o muere de manera tan repentina, su espíritu regresa a cumplir con sus pendientes. Esta historia no es sencilla, lo que estás a punto de escuchar no es diferente a lo que te ha contado tu abuelo sobre la sierra y el diablo, o aquellos cuentos de ahorcados y sus tesoros, que aun después de muertos, andan buscando al que les robó su oro. Esta historia no es diferente tampoco, a la de aquella mujer que en su locura asesinó a sus hijos, y ahora los busca desesperada desde el otro mundo, llamándolos a gritos. Alguna vez un taxista me contó cuando un anciano le pidió un viaje, y aquella alma, decía el chofer, que todavía se asumía como un revolucionario decía que su misión era llevarle al mismísimo general Francisco Villa una bolsa de oro. Aquel espíritu le pagó al pobre chofer con una de esas mismas monedas después de llevarlo a una vieja estación de trenes en Ciudad Juárez para, al final, verlo desaparecer entre las sombras. En efecto, mi amigo, esta es una historia para villistas, pero sobre todo

para no villistas que, sin saberlo, pasan ahora a formar parte de las filas de la inquebrantable División del Norte.

Escuche, el cuento dice algo así: cuando mueras, sentirás que cien años pasan como un abrir y cerrar de ojos. Una eternidad será un segundo, y mientras te mantienes suspendido en el frío umbral de la nada, algo te habrá de hacer regresar. Ese algo serán esos viejos pendientes que dejaste en vida, los cuales te habrán de marcar como res rumbo al matadero, aun después de muerto. De esta manera vendrás a visitar de nuevo este plano, justo así como todos los espíritus que recorren el mundo tratando de resolver sus asuntos. Porque ese algo, que quedó inconcluso, te recuerda y nos recuerda sus pendientes. En fin, ¿es acaso esta historia una sobre pendientes y fantasmas, o espíritus? No.

A todos nos pasa, a todos, ni pierdas las riendas, porque hasta al general Pancho Villa le pasó, ¿lo conoces? Era un gran hombre de allá por inicios del siglo pasado, honesto, valiente, honrado. Aunque primero fue bandolero porque hacía falta, después se convirtió en un revolucionario pues las injusticias lo llamaron a responder.

Muchos se han hecho de la vista gorda para aceptar quién fue el asesino del general Villa, y no hablo de los que jalaron el gatillo, hablo de los que planearon el complot y lo dejaron suceder, por lo que ya va siendo hora de señalarlos. Hablo del gobierno de aquella época, encabezado por un tal Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles, ellos fueron quienes dejaron que el asesinato ocurriera, y así hasta su muerte lo fueron negando, aventándose la bolita. ¿Qué tanto miedo le habrán tenido al general aun muerto?

El general Villa, como hombre de acción, que muchas veces había escapado al destino de la muerte, fue asesinado un 20 de julio de 1923, dejando varias esposas, numerosos hijos, y todavía varios pendientes por resolver. Aunque el general Villa bien sospechaba sobre las intenciones de los conspi-



radores para asesinarlo, nunca terminó de imaginarse ni la forma, ni el lugar, ni el tiempo en cómo se desarrollarían los hechos. Al terminar la guerra, Pancho soñaba con llevar una vida en paz, al margen de la política, aunque la violencia lo arrastraba a tomar alguna posición por un hombre u otro. Su trabajo, sus logros y sus enseñanzas durante esa pequeña parte de su vida como jefe de la hacienda en Canutillo fueron la pieza clave para entender cómo el hombre que sufrió para aprender, aprendió para que su pueblo no sufriera nunca más.

Lo que vengo a decir va más allá del bien y el mal, más allá de la vida o la muerte, del tiempo o el amor. Esta historia es acerca de los pendientes, y del porqué los muertos regresan a este mundo para jalarte las patas. ¿Pero, entonces cuáles eran esos pendientes? Aquí desde la oscuridad puedo asegurar que uno de los pendientes más sencillos, que el general Villa dejó atrás en este mundo de los vivos, fue el de comerse una sandía. Sí, escuchó bien usted, el devorarse una sandía que cariñosamente le había preparado Manuela Casas, al salir de su casa en Parral, Chihuahua. ¿Quién imaginaría —decía su esposa, Manuelita— que con esa sandía despedía al jefe hacia la eternidad? La sandía fue un pretexto, casi un capricho, de esa misma eternidad para que la pareja de enamorados se despidieran para siempre, y qué bueno, porque las cosas y las personas a veces se acaban sin despedirse, cayendo con todo su peso sobre nuestros frágiles corazones y almas. Por lo cual, una despedida, buena o mala, siempre es buena, pese a lo que implique, sea por una sandía u otra cosa. Y por curioso que parezca al término del atentado, cuando las balas habían dejado de sonar, habiendo terminado con su terrible cometido, la sandía no había recibido ni un solo disparo, mientras todos adentro del vehículo yacían muertos. Así, el pendiente permaneció intacto para



la eternidad, y seguiría así, pues, ¿cómo haría entonces un muerto para comerse la sandía?

Pendientes, puros pendientes. Este es un mismo pendiente, ¿se da usted cuenta? ¿Podré yo terminar de contar la historia antes de ser llamado por la pelona? No lo sé, antes que nada, tengo que contarles la historia, ya me he extendido lo suficiente, y eso que aún no comienzo. Bueno, como decía, unos días antes de su asesinato, Villa ya se estaba preparando para imponer sus clásicas trampas y juegos al enemigo, listo para irse a dormir a un lugar para amanecer en otro, a veces hasta con las botas puestas. “Si sigo así, estos changos me quiebran”, pensaba Pancho. “Va llegando el momento de zumbarles la canasta”. Por eso les ordenó a algunos de sus escoltas en Canutillo le prepararan unos quesos; según su hijo adoptivo Piñoncito, con quesos se refería a unos caballos, que mandó a traer de su hacienda en Canutillo, y los pidió para que los esperaran a las afueras de Parral, ¿para qué? Seguramente para hacer perder su rastro, porque después de todo, los mismos conspiradores sabían que si el general se subía a esos “quesos” ya no lo agarraban. Puede entonces que este sea uno de los otros pendientes que mi general dejó atrás, el subirse por última vez a uno de esos caballos. Ahora sabemos bien que el espíritu de Villa cabalga, porque sin necesidad de andar en el mundo de los vivos, muchos, pero muchos de nuestros hermanitos todavía lo recuerdan arriba de un caballo, y qué bonita cosa andar por la sierra, o por los llanos a caballo gritando ¡que viva Villa!

Hace unos segundos, que bien podían ser toda una vida, comencé esta historia, ¿verdad?

¿Cuánto llevamos? Dame la hora. ¿Les conté la vez que un presidente de la nación que se sentía villista, y que usaba lentes oscuros, medio pelón, pero bien matón ordenó honrar al general Villa?, este señor ordenó trasladar los



huesos del general desde Parral, hasta la ciudad de México en una gran marcha fúnebre. Pero para ese entonces a Pancho, ya en su santo sepulcro le habían robado la cabeza, escuchó usted bien, le quitaron la cabeza y desde entonces, sepa dios dónde andará. Yo creo que uno de sus grandes pendientes es encontrar su cabeza. Sean como sean las cosas, a uno muerto pues como quiera la cabeza ya no le sirve de mucho, pero imagínese, ¿cómo puede andar un hombre sin su cabeza? Hay varios que se dicen estar vivos y nomás pareciera que no tienen cabeza. Y no, no estoy hablando de las autoridades.

Puros pendientes, ¿verdad? Es triste irse de esta vida dejando puros pendientes. Uno de los grandes pendientes de Pancho Villa fueron sus esposas y sus hijos. Cuidar de ellos, atenderlos con cariño y darles una buena educación eran sólo algunas de sus tareas inconclusas. Vivir no es para todos, a muchos les cuesta vivir sólo un segundo, y a otros les cuesta morir toda una vida. Los hombres que viven toda la vida, como bragados entre los bragados, dejan pendientes, a veces miles de ellos, porque cada nombre, cada peso, cada bala y cada pregunta es un asunto sin resolver. Villa decía que después de muerto, todavía muchos habrían de comer y vivir de él, y por lo que veo desde las sombras, parece que así es. Por lo cual, para comenzar a contar esta historia es importante que sepas el costo del sacrificio, no importa quién seas, hay que dejar algo en el camino.

La cuestión no es mostrarse descaradamente villista. La cuestión es llevar la Revolución en el corazón, no en la lengua para vivir de ella como dijo el Che. La Revolución se hace día a día. Y ésta es una historia también sobre la Revolución, por eso no crean, amigos, que el revolucionario sólo tira tiros. El revolucionario desobedece, porque no es capaz de tolerar ningún acto de injusticia, ¿ésta es



una historia sobre desobedientes? Pues sí, y esos déjeme le digo, son los que me caen mejor. El revolucionario se levanta temprano, le ayuda a sus papás y lava sus calzones. Pero entonces ¿es ésta una historia sobre calzones? Así es, y para ser villista hay que traerlos bien puestos. El revolucionario estudia, y juega, pero sobre todo ama. ¿Es ésta una historia sobre estudiantes que aman y juegan? Sí, porque el niño que no se divierte es un niño que no es libre. Y ¿es ésta una historia sobre la libertad? Naturalmente, sí. Porque la libertad cuesta, y acá gente como mi general Villa, o mi general Zapata, la pagaron muy caro. Pero bueno, me voy callando, antes de que venga un diputado a contratarme para hacer sus discursos políticos, imagínese, eso sí da miedo.

Para ir iniciando con la historia, le platico algo que alguna vez me dijo un muchacho llamado Martín López al enterarse que Pancho había muerto, y aunque Martincillo también había muerto, estaba feliz pues pronto se encontraría con su antiguo jefe. Yo, intrigado le pregunté por qué Villa era tan popular en el mundo de los vivos, y él me contestó con algo así: *Fer, el espíritu de Villa no es una figura sin nombre, son todos esos pendientes, son todos esos hombres que se quedaron perdidos en la historia, perdidos entre las páginas y los números de su libreta roja, su espíritu forma parte de todas esas mujeres que nunca fueron reconocidas en la guerra, son todos esos abuelos que formaron parte de la División del Norte, pero sobre todo, esos campesinos que aún lo recuerdan, esos señores que aún le oran, esos morros que lo llevan en una camiseta, es el pueblo, y es su lucha, él es el propio sacrificio y el esfuerzo del pueblo mexicano pero encarnado, es su sangre y sus lágrimas, es el sentimiento de los que ya no están, es el odio y el amor en un segundo, es sólo una voz de sesenta mil hombres, es la guerra y la paz, es la venganza y la justicia ciega*".

Yo nomás no le creí nada. "¿Te cae?", le pregunté. Pero bien enchilado el Martín sacó su pistola y me metió varios



balazos. Sea como sea, un buen día, al final de este camino, el pendiente se volverá el pendiente del pendiente, y se perderá. Pero uno acá, que más sabe por viejo que por diablo, lo guardará en su corazón para la eternidad. Ahora sí, mi amigo, va la historia...

P. D.: desde el infierno ¡Villa vive, cabrón!



El espíritu de Villa

Martín Villa

Fue editado por el

INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS
HISTÓRICOS DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO
la FUNDACIÓN VISIÓN VILLISTA
y EDITORIAL DIVISIÓN DEL NORTE.

Se terminó en marzo de 2023 en la Ciudad de México.



CLÁSICOS
DE VILLA

Algunos han querido abandonar la Revolución en el pasado, en las estatuas de bronce, en los museos, en los parajes en ruinas, en las fotografías desgastadas. Han guardado en el baúl los sentimientos e ideales de un movimiento que ahora sienten ajeno. Han preferido relegar una lucha que llevó más de una década a unos cuantos hechos aislados. A pesar de todo, la Revolución continúa.

En este contexto surge esta antología de cuentos, lista para integrarse a la línea de avanzada de uno de los frentes más complicados: el ideológico. Aquellos que subestiman el poder de la tinta se rasgarán las vestiduras y se preguntarán enfurecidos cómo es que me atrevo a realizar tal afirmación, pues olvidan que nuestra historia ha demostrado que una pluma puede ser igual de letal que un fusil.

Es así que se vuelve necesaria la pregunta, ¿qué aporta Martín Villa a una corriente de pensamiento que lleva más de cien años en desarrollo? Si bien es cierto que esta antología toma como asunto central cuestiones de la Revolución Mexicana, lo realmente interesante radica en el tratamiento que Martín da a cada uno de los temas que aborda, pues construye una estructura cimentada desde acontecimientos ya contados por la historia pero que considera sucesos de contextos más actuales, generando así una narrativa que tiende una delgada línea donde el pasado y el presente convergen de tal manera que la temporalidad pasa a segundo plano: la herida duele tanto como hace un siglo.

IRVING VÁSQUEZ



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA



2023
Fundación
Francisco
VILLA